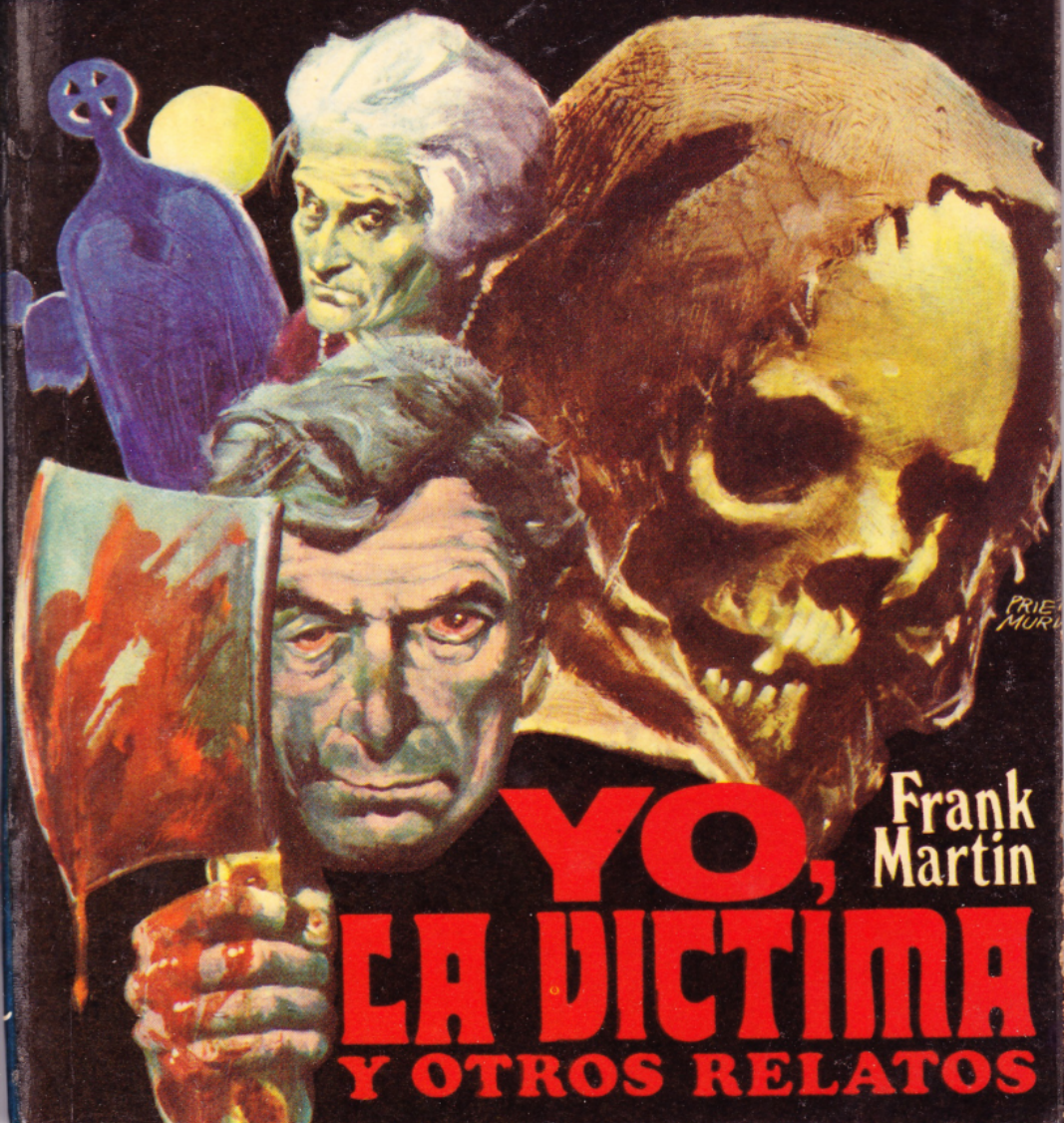


BOISILIBROS
EASA

TERROR



YO, Frank
Martin
LA VÍCTIMA
Y OTROS RELATOS

THE 2026



© **FRANK MARTIN**

Derechos

reservados por:

EDITORIAL

ANDINA, S. A.

Polígono

Industrial de Pinto

PINTO (Madrid)

Director

responsable:

Gregorio Ovejero

Publicación

semanal

Aparece los
viernes

I. S. B. N. 84-06-00734-6

Depósito legal: M. 13.695-1977

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (MADRID)

TERRO

**YO,
LA VÍCTIMA
Y OTROS RELATOS**

**Frank
Martin**



**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

YO, LA VICTIMA

CUANDO me desperté, no muy temprano para no variar mi costumbre, no me encontraba demasiado bien. Sentía una inquietud, un nerviosismo, una angustia, totalmente ilógicos aquella mañana.

Digo que no era lógica mi angustia porque desde hacía bastante tiempo las cosas me iban muy bien, ya que un buen golpe de suerte me había proporcionado una buena cantidad de dinero en las carreras de caballos.

Luego, supongo que por aquello de que el dinero llama al dinero, en carreras sucesivas acerté unos cuantos ganadores que, si bien es cierto que no se pagaron demasiado, me permitieron aumentar mi fortuna, no muy grande, pero sí suficiente para que durante unos meses, dos o tres a lo sumo, mis necesidades se vieran más que cubiertas.

Mi situación financiera poco apurada y mis necesidades cubiertas, la angustia y el nerviosismo que aquella mañana sentía al despertarme no estaban en absoluto justificados, como digo.

No.

Los presentimientos, las premoniciones y todas esas cosas que suelen preocupar a la gente, a mí no me han preocupado nunca.

Son cosas, ésas, que dejo para los que juegan poco o para los supersticiosos que, a la larga, siempre pierden en las carreras.

Lo mejor es conformarse con poco, con ganancias pequeñas, que son las que le permiten a uno vivir del juego.

Esto siempre y cuando a las carreras de caballos se las considere juego.

Bueno...

Como decía, ya que nunca he hecho caso de presentimientos ni premoniciones, me extrañó sentir aquella mañana como un presentimiento inconcreto, extraño, indescifrable.

Un presentimiento.

Pero presentimiento, ¿de qué?

No lo sabía.

Sólo sabía que me encontraba extraño.

Que no me encontraba en plena forma.

Me afeité, me duché, me puse una camisa limpia y, como todos los días, bajé a la cafetería de la esquina a desayunar. Este desayuno me servía de almuerzo, ya que siempre lo realizaba pasado el mediodía.

Mientras almorzaba abrí el periódico del día que Sandra, la amable y simpática camarera, ponía a mi disposición todas las mañanas con su cariñosa sonrisa. Abrí el periódico por las páginas de deportes, es decir, por la sección de las carreras de caballos, única página que me interesaba.

Y allí estuvo la primera sorpresa del día.

Sí.

«Napoleón», un caballo que en toda su vida había ganado una carrera, y al cual yo no hubiera apostado ni un dólar, había llegado en primer lugar en la carrera de las tres millas.

Sí, la carrera de las tres millas...

Porque con ser extraño, y lo era en verdad, que «Napoleón» hubiera ganado una carrera, lo más raro, lo más fantástico, era que la

carrera de las tres millas se hubiera corrido.

¿Por qué?

Me explicaré.

La carrera de las tres millas debía correrse el día diez de mayo... Y estábamos a cinco de mayo.

Lo podía asegurar bien, ya que el día cuatro de mayo, es decir, el día anterior, era mi cumpleaños.

No es que a mí me hayan preocupado jamás ni las fechas, ni los relojes, ni los aniversarios, ni el calendario... Pero la fecha del cumpleaños de uno se recuerda aunque no se celebre.

Miré la fecha del periódico y comprobé que en todas las páginas figuraba la misma: once de mayo.

Así que casi todo estaba correcto.

Y digo casi: porque lo único que no era correcto, lo que no estaba en orden, era mi despiste. Era imposible que me hubiera confundido de fechas, sobre todo estando por en medio la carrera de las tres millas.

Volví a leer toda la reseña de la carrera, que por cierto había resultado sensacional, y me enteré de que los boletos, muy pocos, a favor de «Napoleón», se habían pagado sesenta a uno.

¡Sesenta a uno!

Terminé de leer la reseña y mi almuerzo con la misma sensación de angustia y nerviosismo.

Devolví el periódico, pagué mi comida y salí a la calle sin rumbo fijo.

Paseando sin fijarme en el camino que recorría y pensando en mi posible despiste de fechas, me encontré frente al hipódromo que en aquellos momentos estaba cerrado.

Por los anuncios comprobé que efectivamente la carrera de las tres millas se había celebrado ya, y que la primera carrera anunciada era para el día diecisiete de mayo.

Compré otro periódico y otra vez comprobé que estábamos a once de mayo.

Aquello no podía ser.

No.

¿Qué había hecho yo durante aquellos seis días perdidos?

¿Qué había sucedido?

¿Cómo podía haberme despistado de tal manera?

La única conclusión positiva que saqué de todo el asunto es la de que me había ahorrado unos cuantos dólares.

Porque de una cosa estaba seguro y es de que no hubiera apostado por «Napoleón» ni un solo dólar.

Volví al centro de la ciudad y estuve visitando unos cuantos bares. En cuantas ocasiones tuve indagué la fecha en que estábamos y

siempre obtuve la misma contestación: once de mayo.

Hasta llegué a preguntar e insistir a un camarero que me contestó:

— Once de mayo..., pero como siga usted así acabará dudando hasta de su nombre.

Naturalmente no le hice el menor caso en cuanto a su insinuación de que había bebido demasiado. Bebo poco, y además aguanto muy bien la bebida. Pero he de confesar que ya empezaba a dudar de mis sentidos.

Cuando anocheció y se hizo hora de ir a cenar, fui a un pequeño restaurante italiano, muy tranquilo, en el cual servían unos espaguetis y un vino blanco capaces de quitar las preocupaciones y las penas al mortal más triste y preocupado.

Durante toda la tarde había seguido sintiendo la misma extraña inquietud y la misma angustia...

El extraño presentimiento indefinido que no me había abandonado ni un solo instante.

El pensamiento de que había vivido seis días en blanco me atormentaba y me hacía dudar de mi razón y de mis sentidos.

Comí los espaguetis casi sin saber lo que hacía y pedí un pedazo de tarta. La comida me resultaba insípida y ni siquiera el vino me aclaró las ideas. Al contrario: cada minuto que pasaba me sentía más inquieto y más extraño, más angustiado, nervioso...

Estaba saboreando una taza de café, otra excelencia de la casa, cuando alguien se acercó a mi mesa.

No era el camarero.

No.

Era un hombre bien vestido, de unos cuarenta años. Lo que más destacaba de él eran sus ojos, los ojos más tristes que jamás había visto. Ni la mirada de los caballos, que aseguran es la más triste que se pueda ver, era comparable a la de aquel hombre.

—¿Puedo sentarme?

Miré a mí alrededor.

Había infinidad de mesas vacías.

Con mi ojeada, le demostré que podía elegir cualquier mesa menos la mía.

Pero el hombre no pareció darse cuenta de mi indirecta, así es que insistió en un tono de voz aún más triste que su mirada:

—¿Puedo?

— Hágalo...

Procuré no ser afectuoso, ni siquiera cortés.

A pesar de mi frialdad, el hombre se sentó frente a mí y se quedó mirando fijamente un punto del mantel.

Permaneció silencioso durante más de cinco minutos. Yo saqué ostensiblemente el paquete de cigarrillos y encendí uno sin ofrecerle.

Él ni se inmutó siquiera. Me retrepé en el asiento y me dediqué a pensar en mis cosas...

Sobre todo en la extraña sensación que sentía al haber perdido seis días...

Sí.

Seis días.

— Es horrible que las cosas tengan que suceder...

El murmullo del hombre me sorprendió.

—¿Cómo dice?

Me miró con sus tristes ojos.

— Es horrible que las cosas tengan que suceder...

—Sí.

— Le aseguro que yo no quiero hacerlo... Pero está escrito que lo haré..., que tengo que hacerlo...

— Claro..., claro...

Aquel tipo debía ser un loco.

Si yo no hubiera estado tan preocupado por mi extraña situación, sensación por mejor decir, hasta me hubiera hecho gracia seguirle la corriente al pobre hombre. Pero la verdad es que en aquellos momentos más me fastidiaba que otra cosa.

—Y sucederá..., seguro que sucederá...

A pesar de mis preocupaciones, tuve el humor de responderle:

— Bueno, pero usted no debe preocuparse... No es culpa suya...

—¿Lo sabe usted, señor? Se da cuenta de que no es culpa mía, ¿verdad?

Su tono era apasionado. Sus ojos seguían tristes, pero ahora me miraban casi con afecto.

— Sí, sí... sé que no es culpa suya... Usted lo hará a pesar suyo...

El hombre bajó de nuevo la mirada.

— Eso me tranquiliza. El saber que usted no me guardará rencor...

—¿Por qué había de guardarle rencor?

— Porque yo le mataré.

—¿Qué?

— Le mataré a pesar de que no quiero hacerlo. Al fin y al cabo yo no le conozco a usted de nada. No tengo nada contra usted. Pero está escrito que debo hacerlo, que lo haré...

Empezaba a asustarme el loco.

En principio parecía pacífico y nada peligroso, pero su seguridad en que alguien había escrito que debía matarme me produjo cierta inquietud.

Sólo me faltaba esto.

Decidí seguirle la corriente e intentar apartar de su mente una idea tan absurda y sobre todo peligrosa para mi seguridad.

— ¿Y puede saberse quién ha escrito que usted debe matarme?

El hombre me miró con la sorpresa reflejada en el rostro.

Miré fijamente a sus ojos y no percibí ni el menor asomo de ese brillo que se asegura tienen los dementes.

—¿Que quién lo ha escrito? Eso es una forma de decirlo. Todos tenemos nuestro destino. Y nuestro destino se cumple. A veces nos es dado adivinarlo, presentirlo..., pero no lo podemos cambiar..., no podemos hacer nada para huir a nuestro destino aunque lo adivinemos. Yo estoy destinado a matarle a usted..., y usted está destinado a morir en mis manos.

—¿Y cuándo sucederá eso?

— Dentro de unos días..., el día diez de mayo exactamente, sobre las seis de la tarde, poco más o menos.

Disimuladamente miré el reloj. Eran las nueve y media de la noche. Por primera vez respiré hondo y tranquilo.

Sí.

Si el hombre debía matarme, según él, sobre las seis de la tarde del día diez de mayo y eran las nueve y media de la noche del once de mayo...

Pero...

¿Era realmente el once de mayo?

¿O era el cinco de mayo, como yo había creído?

Sentía que la cabeza me daba vueltas.

Había algo en aquel hombre que me obligaba a creerlo a pesar de sus frases incoherentes y sin sentido. No parecía loco. Parecía estar convencido de la verdad de sus palabras...

—¿Y dónde me matará usted?

— No lo sé.

—¿Por qué lo hará?

—Tampoco lo sé.

Aquello parecía un diálogo de locos.

Sin embargo, yo sentía un sudor frío empapar mi espalda.

—¿Cómo sabe usted que me matará?

— Estoy seguro de ello. Lo he presentado..., he tenido la premonición de que lo haré... Pero no sé todavía cómo lo haré ni por qué lo haré... Sólo sé que dentro de cinco días usted estará muy contento por algo relacionado con dinero... que sobre las seis de la tarde yo le veré por primera vez en mi vida..., y que lo mataré.

— Pero ya nos hemos visto... Va no será la primera vez que nos vemos... Además, hoy es once de mayo..., y son más de las nueve y media...

—¿Cómo dice?

— Hoy es once de mayo.

— No, no..., hoy es cinco de mayo...

—¿Está... usted... seguro...?

—Sí.

Su afirmación era tajante.

Tanto que me levanté de la mesa y fui al mostrador.

Pedí un periódico del día y miré la fecha.

Cinco de mayo.

Fue justo en ese momento cuando me di perfecta cuenta de que la angustia, el nerviosismo, la intranquilidad con que me había despertado por la mañana habían desaparecido hacía rato.

Di media vuelta rápidamente.

El hombre de la mirada triste había desaparecido.

Me dirigí a la muchacha que servía en la barra.

—¿Conoce usted al señor que estaba conmigo?

—No.

— Pero..., había un hombre conmigo, ¿no es cierto?

La muchacha rió de buena gana.

— Claro que sí.

— Un hombre con una mirada triste, ¿verdad?

La muchacha se ruborizó.

— Nunca miro a los ojos de los clientes.

— Claro, claro... ¿Le había visto antes por aquí?

—No.

— Gracias..., y perdone.

Empezaba a dudar de todo.

Pagué la cena y me lancé a la calle buscando al hombre de la mirada triste. No me atrevía a pensar que era un loco. Sin embargo no había ninguna otra razón para su comportamiento absurdo y no menos absurda conversación.

¿Quién era?

¿Quién podía ser?

Y sobre todo..., ¿qué me había pasado?

Yo estaba seguro de que el día anterior era cuatro de mayo. Luego el calendario, los periódicos, las gentes a las que había preguntado, me habían asegurado que era once de mayo.

Creía haber perdido seis días de mi vida y más tarde los había recuperado...

A poco de haber aparecido aquel hombre con su extraño comportamiento yo había recobrado la seguridad en mí mismo... Ahora me daba cuenta de que aquello había sucedido durante el extraño diálogo sostenido con él.

Vagué un rato por la ciudad.

Compré el periódico de la noche en el cual comprobé otra vez que estábamos a cinco de mayo.

Mareado y aturdido me fui a dormir.

A la mañana siguiente mi primera mirada, aún medio dormido, fue para la hoja del calendario.

Sentí un escalofrío.

Cinco de mayo.

Luego sonreí aliviado. La noche anterior no había arrancado la hoja.

Me afeité, me vestí apresuradamente y fui a la cafetería como todos los días.

Antes de pedir algo para comer me precipité sobre el periódico y miré la fecha.

Seis de mayo.

Sandra me dirigió un alegre saludo, como todos los días.

— Parece que las cosas le van bien.

— No van mal, Sandra, no van mal. ¿Por qué?

— Ayer parecía preocupado.

— Sí. Tuve un sueño... Bueno, creo que fue un sueño.

— ¿Bueno?

— Claro..., claro que sí.

El hombre de la mirada triste seguía fijo en mi pensamiento. No podía explicarme si todo el día anterior había sido un sueño, una pesadilla o si lo había vivido...

Por la tarde me metí en un cine en el cual proyectaban una película del Oeste que son mi debilidad.

Luego paseé un rato, cené en una cafetería que me pilló al paso y me fui a dormir.

Mis nervios se habían ido tranquilizando poco a poco y la aventura, si es que se le podía llamar aventura, del día anterior me iba pareciendo una cosa lejana e irreal.

Al otro día, siete de mayo, el hombre de los ojos tristes no era más que un recuerdo confuso.

Casi habría apostado doble contra sencillo a que no lo había visto jamás.

El ocho de mayo ni me acordaba del hombre triste.

Sólo tuve un ligero recuerdo cuando entré en el restaurante italiano para cenar. La chica de la barra me sonrió.

— Su amigo tampoco ha venido hoy.

— ¿Qué amigo?

— El señor con el que estuvo usted la otra noche.

— No se preocupe. No creo que le vea usted nunca más.

Pero aquello me probaba que el hombre había estado allí, que lo que me había sucedido era cierto.

Que era real.

Que no había sido un sueño.

El nueve de mayo, después de un día bastante aburrido, volví al restaurante italiano a cenar.

El hombre triste que aseguraba que debía matarme no apareció, tal como me figuraba.

El vino y la pizza me proporcionaron un buen humor y un optimismo que no se nubló ni aún al recordar que al día siguiente era diez de mayo: la fecha en que, según él, debía matarme.

El diez de mayo me levanté temprano, me puse mi mejor traje y canturreando feliz entré en la cafetería de la esquina. Saludé a Sandra con la mejor de mis sonrisas y me dispuse a esperar la hora de ir al hipódromo.

Hora y media antes de la hora anunciada para dar comienzo la carrera de las tres millas, yo estaba paseando ya por el gran vestíbulo de las taquillas de apuestas.

Miré la lista de participantes.

El corazón me dio un vuelco.

Con el número diez corría «Napoleón».

Lo lógico era apostar unos cuantos dólares a «Solitario», un caballo joven, ligero, que salía claramente favorito. La ganancia que podía proporcionarme «Solitario» era pequeña pero casi segura.

Además yo podía permitirme el lujo de perder unos cuantos dólares en el caso de que «Solitario» fuera derrotado...

¿Derrotado?

¿Por qué caballo?

¿Por «Napoleón»?

Eso era materialmente imposible.

Pero en mi cabeza estaba la página del periódico que yo había visto con anterioridad y en la que con toda claridad había leído el resultado de la carrera de hoy: vencedor «Napoleón».

Y se habían pagado las apuestas sesenta a uno.

Con paso vacilante, fui a las taquillas. Ante ellas se agolpaban docenas de personas. Presté atención a los comentarios: todos coincidían en apostar a «Solitario». Si alguien hablaba de «Napoleón» era para hacer algún chiste con más o menos gracia sobre sus nulas posibilidades.

Pero yo había leído su victoria.

La reseña del periódico era exacta: «Solitario» se había mantenido en cabeza durante casi toda la carrera..., en la última vuelta, inexplicablemente para el cronista, «Solitario» empezó a perder terreno y «Napoleón» que corría en último lugar había empezado a pasar a sus contrincantes para entrar en la meta en primer lugar con más de un cuerpo de ventaja.

En mi cerebro volvía a leer la crónica.

Sí.

Pero no me decidía...

Si aquello fue un sueño, «Napoleón» no ganaría la carrera. Pero si había sido un presentimiento, «Napoleón» ganaría...

Y el hombre de los ojos tristes aparecería a media tarde y acabaría conmigo.

Me coloqué en la cola ensimismado en mis pensamientos y en mis dudas y esperé que me llegara el turno para apostar mi dinero.

Repentinamente lo entendí todo.

Si jugaba a «Napoleón» era posible que ganara un montón de dinero..., pero también era posible que apareciera el hombre de los ojos tristes y me liquidara.

El mismo lo había dicho:

«Usted estará muy contento por algo relacionado con dinero».

Eso era exactamente lo que el hombre había dicho.

¡Y la solución estaba clara!

Yo debía apostar a «Solitario» una cantidad importante para que no desnivelara mi presupuesto. Si ganaba, no sería una ganancia importante como para producirme alegría alguna.

En cambio si perdía, tal como anunciaba el periódico que yo había leído en mi sueño o presentimiento, estaría de mal humor y el hombre no aparecería.

Sonreí para mis adentros pensando en lo estúpido que puede ser un sueño.

¡Idiota! ¡Preocuparme por un presentimiento estúpido!

El hombre que me precedía en la cola ante la ventanilla de apuestas estaba haciendo ya la suya.

— Cincuenta dólares a «Solitario».

Esa era la cantidad que yo también iba a apostar.

Conté el dinero..

Lo deposité en la ventanilla.

— Cincuenta dólares a «Napoleón».

Me retiré de la ventanilla con los boletos en la mano sin saber por qué había cambiado de idea en el último segundo.

Fui hacia las gradas y tomé asiento.

La carrera estaba a punto de empezar y la característica agitación de los últimos instantes no me producía la emoción de otras veces.

Por fin empezó.

«Solitario» galopaba en cabeza.

«Napoleón» se esforzaba en el último lugar.

Yo permanecía sentado sin apenas mirar a la pista...

Los caballos iniciaron la última vuelta. «Solitario» seguía en cabeza... «Napoleón» había ganado un par de puestos y seguía

esforzándose. El tropel de caballos iniciaba ahora la última recta.

«Solitario» galopaba el primero.

Por un momento pensé que el resultado de la carrera iba a ser el lógico. Es decir, «Solitario» ganaría...

Un alarido del público me confirmó en mi error.

Estaba ocurriendo lo que yo sabía que ocurriría... «Solitario» perdía terreno y «Napoleón» estaba dando alcance a «Solitario» y lo pasaba...

Entraron en la meta con un cuerpo de diferencia a favor de «Napoleón».

¡No es posible!

¡Este caballo no puede ganar!

¡No ha ganado una carrera en toda su vida!

El público comentaba apasionado las incidencias de la carrera. Para todos, menos para mí, aquella victoria de

«Napoleón» había sido una de las mayores sorpresas que se podían llevar.

Con los boletos que me iban a proporcionar una pequeña fortuna fui al vestíbulo de taquillas. Por los altavoces gritaban lo que yo ya sabía:

«¡Vencedor en la carrera de las tres millas: «Napoleón»! ¡Se pagan las apuestas en proporción de sesenta a uno!».

Ante la taquilla de pago de apuestas sólo había un hombre.

Me coloqué detrás de él sin dejar de pensar en el hombre de los ojos tristes.

Miré la hora en el gran reloj del vestíbulo y sonreí con amargura: las seis y veintiocho minutos.

Entonces le vi.

Sí.

Era el hombre que aguardaba a cobrar su apuesta.

Allí estaba mirándome tristemente... Había dado media vuelta y estaba frente a mí.

—Así que es usted...

— Perdone, no le comprendo.

— He ganado, pero no estoy contento.

—¿Cómo dice?

— Me entiende perfectamente.

— Perdone, pero no le he visto en mi vida.

Al borde de un ataque de nervios, grité:

— ¡Embustero! ¡Sí que me ha visto! ¡Usted me vio y me amenazó de muerte! ¿Por qué? ¿Por qué?

Me abalancé a su cuello decidido a estrangularlo.

Sentí un agudo dolor, como un pinchazo profundo, a la altura del vientre.

El mismo dolor hizo que me doblara sobre mí mismo y me desplomé.

La vista se me nublaba.

Me oí murmurar:

—¿Por qué? ¿Por qué?

* * *

Intenté abrir los ojos.

Un alarido de sirena me ensordecía. Me sentía viajar a velocidad de vértigo.

Intenté hablar pero no lo conseguí.

Un resplandor blanco hería mi retina...

Percibí lejanas dos voces que hablaban, yo sabía que muy cerca de mí, a mi lado.

— No creo que llegue al hospital. Es una puñalada mortal.

—¿Cómo ha sido?

— Parece que ha tenido un ataque de locura. Se ha echado sobre el que tenía delante de la cola y el otro se ha defendido.

—¿Se conocían?

— El otro aseguraba que no se habían visto jamás.

Pude abrir los ojos y miré a los dos hombres que hablaban. Eran dos enfermeros y viajábamos en una ambulancia.

De mi garganta salió un quejido ronco. Uno de los enfermeros se volvió hacia mí. Sólo pude ver sus ojos tristes...

Unos ojos que reconocí al punto.

Aparté mi vista de la del enfermero y la fijé en el techo blanco de la ambulancia. El alarido de la sirena se fue haciendo más suave..., más suave, hasta desaparecer. El blanco del techo se fue oscureciendo... Relajé mi cuerpo y dejé de sentir dolor...

* * *

No sé cuánto tiempo llevo así.

Me desvanezco y vuelvo en mí a intervalos.

Sólo sé una cosa: no llegaré vivo al hospital; el enfermero tiene razón.

Cierro los ojos y sonrío.

«Napoleón» ha ganado.

Y mi destino se va a cumplir en los próximos segundos...

LLEVEME AL CEMENTERIO

URIAH Chabot era un hombre gris, anodino, de esos miles de centenares que desfilan por la vida sin pena ni gloria.

Era un tipo vulgar, como vulgar era su profesión...

Taxista.

Claro que ser taxista no es ninguna deshonra en ningún lugar del mundo. Es simplemente un modo como otro cualquiera de ganarse la vida honradamente.

Sí.

Eso no lo discute nadie.

Y Uriah Chabot, eso sí, era honrado a carta cabal.

Aunque para sus adentros se decía, muchas veces, que más le hubiera valido ser menos honrado y más inteligente.

Al decir inteligente se refería a más pillo, más trápala, menos honrado, menos escrupuloso..., puesto que todas estas últimas cualidades eran las que conducían a que un hombre fuese menos gris y anodino y tuviera bastante más dinero.

En cientos de ocasiones, cuando subía a su vehículo una dama elegantemente ataviada y ostentosamente enjoyada, Uriah pensaba en su esposa, pensaba en Maggie, una muchacha maravillosa en todos los aspectos, que se merecía también algunas joyas y..., ¿por qué no? un buen abrigo de visón.

Pero Maggie, señora de Chabot, no podía tener ninguna de esas cosas porque su marido, a los treinta años de edad, se había conformado con su destino y resignado con su suerte.

Su suerte...

Sí.

La de ser un vulgar taxista.

Y un vulgar taxista no podía comprarle a su esposa ninguna clase de joyas, tan siquiera de imitación, y muchísimo menos un magnífico y espectacular abrigo de visón.

No.

Ni muchísimo menos.

Pero Uriah, quizá para consolarse o para tranquilizar el gusanillo que corroía su conciencia cuando concebía tales pensamientos, se decía a sí mismo que Maggie era, además de una mujercita maravillosa, una esposa tranquila y resignada, que no ambicionaba joyas ni abrigos de pieles.

¿Era eso cierto?

¿Existía alguna mujer en el mundo que no sintiera envidia ante otra que luciese un montón de relucientes joyas y un espléndido abrigo de astracán?

Uriah Chabot, al llegar a esas conclusiones, se sentía profundamente confundido.

Y entonces, hacía todo lo posible por pensar en otra cosa. ^ Como ahora mismo...

Ahora, como cada día, como tantos cientos de días, aquella mañana, Uriah se puso al volante de su «Chevrolet», dispuesto a recorrer las calles de New York y a servir a cuantos clientes alzasen la mano a su paso cuando arriba luciera el «LIBRE» encendido.

Fue en el Bronx, el barrio nordeste de la ciudad...

Exactamente en Bruckner Boulevard.

La primera mano se alzó haciendo señas a Uriah para que detuviese el vehículo.

El primer cliente del día.

Detuvo su vehículo con habilidad, estacionándolo delante del Individuo que le hiciera las señas.

El hombre se colocó en la parte posterior del vehículo.

— ¿A dónde, señor?

— Lléveme al cementerio norte de la ciudad.

— Okay.

Y el auto se puso en marcha.

Uriah, instintivamente, le dio un vistazo al espejo retrovisor para contemplar la apariencia de su pasajero.

Se trataba de un hombre de avanzada edad con cierto aire de misterio en su expresión. Sus facciones eran correctas y agradables, sin embargo, había algo en ellas que imponía un profundo respeto. Quizá fuera aquella barba al estilo ochocentista; o las largas patillas; o la perilla...

Pero había algo.

Uriah decidió dejar de preocuparse de aquellas trivialidades para concentrarse en su cometido, ya que a tales horas era bastante concurrido el tráfico que poblaba todas las arterias de la ciudad de los rascacielos.

Fue cuando dejaron el centro del Bronx y se adentraron en las afueras, camino del cementerio.

Fue entonces, precisamente, cuando a Uriah Chabot se le ocurrió echar otra mirada al retrovisor.

Y...

Y se quedó pálido.

Mortalmente pálido.

Porque las misteriosas y fascinantes facciones de su pasajero

estaban sufriendo una diabólica y horripilante metamorfosis..., porque su rostro se estaba convirtiendo en..., ¡en una calavera!

Una calavera... ¡Sí!

Una faz descarnada sin nariz, ni ojos, ni labios. Un pedazo de hueso calcinado con horribles agujeros, con escalofriantes dientes de un tinte amarillento.

Y reía... ¡reía espectralmente!

Uriah Chabot, sin pensar en el peligro que corría, cerró los ojos apretando los párpados con toda la fuerza de su cuerpo.

Y los mantuvo cerrados por espacio de medio minuto, mientras sus manos se aferraban al volante con desgarradora desesperación.

Volvió a abrirlos.

Los clavó en el retrovisor.

¡Y allí seguía la sonriente calavera que tenía por cabeza su pasajero!

No...

¡No podía ser!

¡Estaba viendo visiones!

Pero la calavera seguía sonriendo, y ahora, el batir de sus descarnadas y amarillentas mandíbulas al compás de las carcajadas sardónicas, inundaba el interior del vehículo con un eco tétrico, horriblemente estremecedor.

— ¡Noooooo...!

Uriah apartó las manos del volante para llevárselas al rostro y taparse los ojos.

El auto zigzagueó..., mientras la calavera seguía batiendo sus mandíbulas en espectrales carcajadas.

— ¡Noooooo...!

El «Chevrolet», abandonada su dirección, luego de trazar unas eses de vehículo ebrio, subió a la acera y fue a estrellarse con una farola con el consiguiente estrépito.

* * *

— ¡Noooooo...!

Uriah Chabot se quitó las manos de la cara.

Y braceó.

Y gesticuló con terror, con movimientos en los que imperaba un atisbo de paroxismo.

— ¡Noooooo...!

Y siguió braceando.

— ¡Noooooo...!

Y... un grito femenino:

— ¡Uriah...! ¡Uriah, amor mío...! ¿Qué te sucede?

Dejó de bracear.

Miró de un lado para otro estúpidamente.

Con expresión idiotizada.

La alcoba..., el lecho..., las revueltas sábanas..., y Maggie.

Se incorporó, sentándose en la cama, para luego frotarse la cabeza y las sienes con vigorosos movimientos.

Ella, su mujer, encendió una de las lamparitas de las mesillas de noche.

— Uriah..., cariño... ¿Otra pesadilla?

El suspiró profundamente.

Luego, con un hilo de voz, repuso:

— Sí..., querida... Otra pesadilla.

Maggie, incorporada también, sin preocuparse de que el desbocado y translúcido camisón color frambuesa dejaba al descubierto el atisbo de sus pechos mórbidos, agrestes, que colgaban con rítmico frenesí, con excitación debido a que también ella estaba nerviosa, inquirió:

— ¿Te sientes mejor, Uriah?

El la miró.

Era bonita... bonita hasta la saciedad. Con aquel cabello largo, tan rubio y sedoso, que caía sobre su espalda como una cascada áurea de brillantes chispazos de oro; con aquel óvalo nacarino en el que resultaban sus grandes y hermosos ojos negros que, al contrastar con el color del cabello, aumentaban todavía más su belleza poniéndole una sugestiva pincelada de exotismo; con aquellos labios rojos como la sangre, frescos, húmedos y carnosos, que eran el preludio de la partitura más hermosa que compositor alguno pudiera escribir sobre un beso. Y luego estaba su cuerpo escultural, sugestivo, de abrupta y atractiva orografía.

Una mujer que, como había pensado muchas veces Uriah, se merecía más que otras un buen abrigo de visón y unas relumbrantes joyas.

Después de mirarla largo rato en silencio, respondió:

— Sí..., creo que sí.

— Cuéntame tu pesadilla, Uriah.

Lo hizo.

Y tras el relato, la hermosa mujer acarició amorosamente los cabellos y la frente de su marido.

— Uriah..., esto tiene que terminar. Compréndelo. ¿Es que no te das cuenta de que vas a enfermar de los nervios?

El, en un raptó de nerviosismo, inquirió con cierta brusquedad:

— ¿Quieres decir que me voy a volver loco..., o que ya lo estoy?

— ¡Uriah, por Dios! Sé razonable. ¿De veras supones que yo puedo pensar eso?

Uriah Chabot se restregó los ojos.

— Perdona, cariño... ¿Qué te parece que debo hacer?

Maggie se mordió el labio inferior. Pareció que dudaba unos instantes.

— Si esto se repite, iremos a visitar a Hal Loggins.

— ¡Es un psiquiatra!

— Sí, lo es. Su padre, como tú sabes, atendió a mi madre durante muchos años con bastante acierto. Hal es tan buen psiquiatra como su padre. Y el hecho de que sea psiquiatra no ha de crear en ti complejos de ninguna clase, ya que, a la consulta de un psiquiatra, acuden personas que tienen una mente perfectamente sana. Eres lo suficientemente inteligente como para comprender que un psiquiatra no es simplemente un médico de locos.

—¿Inteligente yo? ¿Inteligente? ¿Supones que puede calificársele así a un hombre que apenas gana lo suficiente para que su esposa, después de romperse la cabeza cada día, ponga un plato en la mesa?

— ¡Uriah..., por favor! ¿Quieres dejar de razonar como un chiquillo? Yo estoy contenta y feliz..., rompiéndome la cabeza como tú dices. Pero eso no tiene nada que ver con lo de ahora. Absolutamente nada. ¿Me prometes que si vuelve a repetirse una de esas pesadillas que te aquejan con tanta frecuencia iremos a ver a Hal Loggins?

Uriah miró los ojos de su esposa.

Unos ojos maravillosos, azabaches, azulados de tan negros, en cuyo brillo existía un poder de persuasión que le hubiera arrancado un sí a una piedra.

—Sí...

Maggie enroscó los brazos al cuello de su marido y lo besó en la boca apasionadamente.

Para Uriah Chabot, aquella noche por lo menos, se acabaron las pesadillas.

Maggie, su amante y ardiente esposa, se encargó de ello con dulce y encendida afectuosidad.

* * *

Era otro día.

Y Uriah Chabot, como siempre, casi había olvidado la pesadilla de la noche anterior.

Y como siempre, se puso al volante del «Chevrolet», para tratar de ganarse el cotidiano pan.

Circulaba por Catón Avenue, en Brooklyn, cuando le hicieron señas desde una de las aceras.

Detuvo el coche.

Penetró el pasajero.

—¿Adónde, señor?

—Lléveme al cementerio norte de la ciudad.

Un latigazo, un escalofrío mezcla de hielo y electricidad, recorrió el espinazo de Uriah Chabot.

Y sucumbió al deseo desesperado de mirar por el espejo retrovisor.

¡Imposible!

Era el mismo hombre que en su sueño, en su pesadilla, había tomado su taxi pidiéndole, como ahora, que lo llevara al cementerio.

Un sudor cálido y frío al mismo tiempo perló con gotas grasientas las arrugas que surcaban la frente de Uriah.

Permaneció inmóvil, con las manos aferradas al volante, erecto como una estatua de mármol.

—¿Qué le ocurre? ¿Es que no me ha oído?

Uriah Chabot volvió entonces a la realidad.

Tratando de deshacer el nudo de saliva que taponaba su garganta.

—Sí..., sí, señor... Me ha dicho al cementerio norte, ¿verdad?

—Sí, eso le he dicho.

Sacando fuerzas de flaqueza o de donde ni él mismo sabía, Uriah puso el vehículo en marcha y condujo nerviosa, atolondradamente, por las calles de Brooklyn. Luego se metió en el Bronx, es decir, por cuantas vías iba tomando rumbo al cementerio norte de la ciudad.

No pasaba un minuto sin que echara una ojeada al espejo retrovisor, esperando de un momento a otro que el rostro de su pasajero se tornara en una lívida y calcinada calavera.

Pero no sucedió nada de eso.

No.

Llegaron junto a la verja del cementerio sin que se produjera la menor anormalidad.

—¿Qué le debo?

—¿Eh? ¡Ah, sí! Un dólar sesenta.

Le dio dos dólares, rechazando la vuelta.

Uriah, cuando el pasajero que había visto en su terrible pesadilla de la noche anterior abandonó el vehículo, se quedó abstraído, profundamente pensativo.

Recordando las palabras de su esposa acerca de la conveniencia de visitar a Hal Loggins.

¡Pero aquello había sido una casualidad!

¿Casualidad?

Un caos de terrible confusión empezaba a crearse en su cerebro cuando una voz femenina preguntó:

— ¿Está libre?

— ¿Eh? ¡Oh, sí, sí! Perdóneme, estaba distraído.

Era una muchachita joven, de aspecto sonriente y agradable.

Subió.

— Lléveme a... Oiga, alguien se ha dejado aquí un paquete.

Le tendió a Uriah un envoltorio de proporciones cuadradas.

Él lo tomó.

— Se lo habrá olvidado mi anterior pasajero, ya que ha sido el primero de esta mañana. ¿Le importa que trate de devolverlo, señorita? Encontrará con facilidad cualquier otro taxi libre.

— Hágalo. También me gustaría que lo hicieran por mí.

Uriah, dándole vueltas al paquete en las manos, se percató de que llevaba una etiqueta.

Decía así:

«Lewis Overton
Cementerio Norte
New York.»

Unas señas algo raras.

Sí.

Pero si se daba prisa, era fácil que aún localizara a aquel pasajero que..., que ya había subido a su auto en la pesadilla de la noche anterior.

Puso rumbo al cementerio.

El cementerio norte de la ciudad de New York.

Una verdadera joya arquitectónica en su género.

En un rincón, oculto tras la espesa arboleda, se alza un crematorio que recuerda, por sus líneas, la arquitectura griega. Hay en la vecindad lagos y surtidores, grandes avenidas umbrías, y cuadros de césped y flores. Las urnas cinerarias son un motivo más en la decoración del magnífico parque. Columnas dóricas, jónicas o corintias les sirven de pedestales en floridas glorietas, en cenadores, en columnarios y en arriates, y abundan, en las ramas de los frondosos árboles, las aves.

Pero este cementerio no está destinado exclusivamente a los que han sido incinerados. El lugar descrito no constituye más que una sección del camposanto.

Hay una parte mayor donde se encuentran aquéllos a quienes no ha querido calcinar la familia y reposan enterrados con su esqueleto completo o convertido en polvo.

Este sector no tiene nada que envidiar al otro.

Son grandes sus avenidas, frondosos sus árboles, floridos sus arriates, espesos y bien cuidados sus setos. De las sepulturas modestas y los monumentales mausoleos sólo se obtienen fugaces visiones que nunca resultan notas discordantes en el paisaje.

El cementerio es un lugar tan encantador, tan agradable, que son muchos los que a él acuden para pasar los ratos de ocio, paseándose...

El afán de los constructores de aquel retiro póstumo parece haber sido procurar disimular al máximo su condición de última morada. Por eso, en lugar de la consabida tapia, la circunda una artística verja que acentúa su aspecto de parque.

El embalsamado ambiente que en su interior y sus alrededores se respira, apacigua los ánimos, llena de sosiego el espíritu, invita a la meditación y hace imposible, al decir de la gente, todo pensamiento que no sea de amor y paz.

Al decir de la gente...

Porque Uriah Chabot atravesó la verja de entrada con un puñado de pensamientos extraños y tumultuosos chocando contra los acantilados de su cerebro.

¿Por qué hacía aquello?

Era prácticamente imposible que encontrara al propietario del paquete extraviado dentro de aquel enorme recinto.

¿Una necesidad morbosa de intentar verlo de nuevo?

Quizás...

Caminó por el interior de la necrópolis sin rumbo fijo ni determinado, recorriendo sus avenidas y senderos, mirando de cuando en cuando de un lado para otro por si...

Mirando, casi se tropezó con la saliente arista de un ostentoso mausoleo cubierto con una magnífica lápida de auténtico mármol de Carrara.

Instintivamente leyó las letras brillantes y doradas que habían sido adheridas sobre el blanco mármol.

Eran éstas:

Lewis Overton

1806 - 1868

Descanse en paz

el que fue honra y gloria

de nuestras letras y nuestra historia.

R.I.P.

Uriah Chabot se quedó atónito.

Estupefacto.

Rápidamente leyó la etiqueta del paquete olvidado.

«Lewis Overton. Cementerio Norte. New York.»

¡No...!

¡No podía ser!

¡Un muerto había viajado en su taxi..., un hombre que había fallecido más de cien años atrás!

Entonces..., ¿la pesadilla había sido una advertencia de que la muerte viajaría en su taxi?

¡No!

¡Era para volverse loco!

Tiró el paquete bruscamente.

Y como si lo persiguiera el mismísimo diablo, echó a correr con toda la velocidad que de sí daban sus piernas, camino de la salida del cementerio.

* * *

Apartó el plato que ella acababa de poner frente a él encima de la mesa.

—¿Qué te pasa?

— Maggie..., es necesario que cuanto antes vayamos a ver a Hal Loggins.

La hermosa mujer rubia parpadeó con evidente extrañeza.

— Pero...

— Hemos de verle, Maggie.

—¿Qué ha sucedido, Uriah?

Antes de responder se mordió largamente el labio inferior.

— Creo..., creo que he tenido una pesadilla despierto. Maggie se sentó en la mesa y tomó una de las manos de su marido.

— ¿Cómo ha sido, Uriah? Explícamelo.

Tras un lapso de silencio en el que pudo oírse el aleteo de una mosca, Uriah Chabot se pasó la lengua por el borde de los resecos labios.

— Esta mañana, en Brooklyn, he cogido un pasajero...

Lentamente, de forma algo incoherente, Uriah relató a su esposa todo cuanto había sucedido desde el momento en que el hombre que ya viera en su pesadilla, subiera realmente al vehículo.

— Uriah..., yo diría que estabas obsesionado por la pesadilla de anoche y que has creído ver en ese individuo el rostro...

— ¡No, Maggie! ¡Estoy seguro de que era él! ¡Seguro de que un muerto ha viajado en mi taxi!

— Pero...

— Sí, ya lo sé. Eso es imposible. V como es imposible, demuestra que algo en mi cerebro no funciona bien y se hace necesario que Hal Loggins me vea lo antes posible.

— Bien..., como tú desees, cariño.

* * *

Era un hombre alto.

Altísimo.

Casi un gigante.

Caminando con largas y autoritarias zancadas, en diagonal, de un

extremo a otro del modernísimo despacho con mobiliario casi futurista.

Hal Loggins, doctor en psiquiatría.

Con su rostro de estudiante jovial y despreocupado que engañaba a quienes no le conocían bien ya que, con una brillantez extraordinaria, fuera de lo común, había sido el número uno de su promoción.

Una eminencia.

Y además, la clase de hombre con quien toda mujer sueña, al menos, una vez en la vida. Su cuerpo era delgado (quizás influyera en ello la altura) y musculosos, con fibrosos tendones moviéndose bajo la piel un tanto cetrina, y con músculos tensos y duros que denotaban el mucho interés y la gran voluntad que dedicaba a su preparación física. Tenía unos ojos grises, risueños y joviales como su expresión, en los que brillaban lucecitas extrañas que a veces podían convertirse en llamas. Desordenados por hábito los negros cabellos enmarañados.

Sin embargo ahora, Hal Loggins no ofrecía su peculiar aspecto jovial y risueño.

Más bien estaba serio y meditabundo.

Detuvo en seco, bruscamente, sus paseos de un lado para otro de la estancia. Como si un objeto tan invisible como espeso se hubiera interpuesto en sus incesantes idas y venidas.

Sus ojos grisáceos, brillantes, de lucecitas multicolores, menos risueños que nunca, se clavaron alternativamente en el hombre y la mujer, que se hallaban sentados en un extraño sofá cóncavo tapizado en skay rojo.

—¿Estás completamente seguro de que todo ha sucedido tal y como me lo has explicado, Uriah?

Uriah Chabot parpadeó.

Asombrado.

Aturdido.

Era obvio que había esperado cualquier tipo de interrogatorio, menos aquella pregunta.

Supuso que al hombre, al psiquiatra, al psicoanalista, historias como aquella no podían sorprenderle en absoluto. Como máximo, según lo original que fuese, añadirla a la lista de novedades.

—¿Se te ha ocurrido pensar que he venido aquí para contarte mentiras o historias de fantasmas, Hal?

Maggie salió en defensa de su esposo.

—Es cierto que hace mucho tiempo que sufre pesadillas, Hal.

El psiquiatra se encogió de hombros.

—Yo no dudo que Uriah sufra pesadillas por las noches..., pero sí que las sufra despierto, a plena luz del sol.

Uriah chilló:

— ¡Lo que te he contado sucedió! ¡Es la verdad!

— Tranquilízate, Uriah. Serena esos nervios que ya tienes bastante desquiciados.

— He venido precisamente a que me cures, Hal. He leído que la psiquiatría, el psicoanálisis, dispone en la actualidad de medios modernísimos que pueden librar a una persona de torturas parecidas a las que yo padezco.

El psiquiatra enarcó las cejas.

— ¿Qué medios?

— La hipnosis por magnetismo, por ejemplo.

— No digas tonterías. Eso sólo se emplea en casos agudos de desequilibrio mental, cuando el enfermo se niega inconscientemente a ser curado. Por ejemplo, en esquizofrénicos u oligofrénicos... Pero tú, Uriah, eres una persona normal y corriente que, como hay centenares, sufre pesadillas. Y te diré más: que influido por esas pesadillas, tu subconsciente vive escenas anómalas que seguramente no lo son en la realidad.

— ¿Entonces...?

— Se trata simplemente de conseguir que duermas con tranquilidad eliminando esas atormentadas pesadillas. Y eso, Uriah, lo conseguiremos fácilmente. A partir de hoy tomarás dos veces al día, antes de las principales comidas, unas cápsulas de un excelente relajante nervioso, y antes de acostarte, una tableta de uno de los barbitúricos menores que no producen hábito ni peligro de alteración en el funcionamiento cardíaco. Ahora te extenderé las recetas...

Se sentó a la mesa y se puso a escribir en silencio.

Tendió las recetas a Uriah.

Maggie preguntó:

— ¿Será suficiente con eso, Hal?

El psiquiatra miró con expresión admirativa a la bellísima mujer rubia.

— Sin duda alguna, Maggie.

— Gracias, Hal.

Uriah susurró también:

— Gracias.

Aunque era el único convencido de que aquel tratamiento no bastaría para curar sus dolencias.

* * *

Había una magnífica lápida de auténtico mármol de Carrara cubriendo el ostentoso mausoleo.

Era de noche...

De esas noches tan oscuras en que la luna arranca fugaces

destellos, puñaladas, esquirlas sesgadas de luz, de aquellos objetos brillantes en que reverbera.

Como brillantes eran las doradas letras...

Lewis Overton

1806 - 1868

Descanse en paz
el que fue honra y gloria
de nuestras letras y nuestra historia.
R.I.P.

Una magnífica lápida.

Sí.

En la que estaban clavados con fijeza obsesiva, con morbosa fascinación, los ojos de Uriah Chabot.

Aquel cadáver..., el que reposaba bajo aquella magnífica lápida, había viajado en su taxi..., había viajado en su taxi..., ¡había viajado en su taxi!

Obsesión.

Fascinación.

Hipnosis.

Todas esas cosas y más ejercían sobre el subconsciente de Uriah aquella maldita y magnífica lápida que...

¡De repente comenzó a alzarse por sí sola!

¡No!

¡Era imposible!

¡Estaba viendo visiones!

Pero la losa de mármol seguía alzándose lentamente...

Uriah Chabot quiso huir, deseó correr desesperadamente lejos de allí, pero no pudo. Le fue del todo imposible. Era como si en las plantas de sus pies hubieran nacido profundas raíces que lo aprisionaban contra la gravilla del suelo del cementerio.

Acabó de alzarse la losa...

¡Y surgió del interior de la tumba aquel hombre que primero en sueños, y luego en la realidad, había viajado en su taxi!

El cadáver, con voz hueca, metálica, de ultratumba, preguntó:

—¿Ha venido a traermme el paquete que me he dejado en su taxi, señor Chabot?

Uriah, desorbitados los ojos, entreabiertos los labios, reseco el paladar, saboreando hasta el límite el zumo del terror, gritó, con enervante aullido:

— ¡Noooooo...!

—¿Ha venido a traermme el paquete que me he dejado en su taxi, señor Chabot?

— ¡Nooooo...!

— ¿Ha venido...?

— ¡Nooooo...!

Y comenzó a retorcerse como un poseso, a contorsionarse, a arañarse el rostro con atroz desesperación, a rugir roncadas incoherencias...

Hasta que...

— ¡Uriah...! ¡Uriah, amor mío...! ¿Qué te sucede?

Pareció no escucharla.

Saltó de la cama, arrastrando consigo sábanas y colcha mientras seguía gritando frenéticamente:

— ¡Nooooo...! ¡Deja de perseguirme, maldito! ¡Vete...! ¡Veteeee...!

Maggie saltó también del lecho corriendo tras su marido.

Pero él la apartó de un manotazo mientras proseguía en sus aullidos infrahumanos, deambulando como un auténtico loco de un lado para otro.

— ¡Uriah...!

Pero esta vez Uriah Chabot no parecía darse cuenta, no parecía comprender que había sufrido una nueva pesadilla.

Esta vez...

Parecía haberse vuelto loco.

Loco.

* * *

El propio Hal Loggins lo aconsejó, dio los pasos y efectuó los tránsitos necesarios para que, lo que al parecer había sido ineludible desde un principio, sucediera.

Y Uriah Chabot fue internado en el Centro Psiquiátrico Konkers, de New York.

Parecía incomprensible, absurdo, que unas simples pesadillas pudieran conducir a un hombre a la locura.

Al manicomio.

Pero quizá en la mente de Uriah Chabot existía algo más que simples pesadillas.

Fue transcurriendo el tiempo.

Un mes.

Dos.

Cuatro.

Seis.

Hasta un año.

Y durante ese año, cada domingo, Maggie acudió pacientemente a visitar a su esposo.

Parecía otro.

Y siempre le preguntaba:

—¿Cómo te encuentras, Maggie? ¿Pasas miedo, por las noches, sola en casa?

Y ella respondía:

— No, querido. Me tranquilizo pensando que tú volverás pronto.

* * *

Sucedió cuando Uriah Chabot llevaba catorce meses internado en el Centro Psiquiátrico Konkors.

Fue llevado a presencia del director de la famosa institución Psiquiátrica.

Wendell Neylan era un hombre de mediana edad, más bien alto, de fuerte contextura, ojos castaño claro y expresión bondadosa. Era elocuente y a la vez conspicuo, estando dotado de un enorme poder de persuasión. Además, era un auténtico experto en materia de psiquiatría, lo cual justificaba con toda honradez el puesto que ocupaba.

En el regio despacho, junto a Wendell Neylan, había otro hombre. Un tipo alto y delgado, rigurosamente vestido de negro.

Al que presentó de esta forma:

— Este caballero es el señor Dennis Carlin, abogado.

Uriah, de un modo mecánico, como un autómatas, le tendió la mano.

— El señor Carlin tiene algo que explicarle, Chabot.

— Ah, ¿sí? ¿Qué es ello?

Dennis Carlin, adoptando una actitud profesional que le confería más aspecto de sepulturero que de abogado, extrajo unas cuartillas de su portafolios.

— Es necesario que firme estos papeles..., aceptando el divorcio que su esposa ha solicitado. Le advierto, como abogado, que dada su situación y los informes médicos recibidos, aunque se oponga o se niegue a firmar, el divorcio se consumará igualmente.

Uriah Chabot se quedó inmóvil.

Rígido.

Pétreo.

Lo mismo que si le hubieran clavado en el suelo de un tremendo y contundente mazazo.

Su Maggie..., ¡solicitaba el divorcio!

¡El divorcio!

—¿No va a responder, señor Chabot?

Uriah, inexpresivo, con su rostro que parecía tallado en granito, repuso, sin apenas mover los labios:

— Usted ha dicho que firme eso o no, se consumará el divorcio,

¿verdad?

—Sí.

— Pues firme usted por mí, señor abogado. Mi padre era muy pobre y no pudo pagarme una escuela. ¿Me necesita para algo más, señor director?

— No, Chabot. Puede retirarse.

— Gracias. ¡Ah..., señor abogado! Dígale a Maggie, de mi parte, que espero que esta vez haya sabido elegir mejor..., y dígale también que le deseo la mucha suerte que no se merece. ¡Buenos días!

Giró sobre los talones saliendo del despacho del director.

* * *

Los días que siguieron a la visita del abogado Dennis Carlin transcurrieron para Uriah Chabot de un modo ajeno, alejado, como si no viviera en el mundo o no le importara vivir en él.

Hasta la tarde en que recibió aquella carta.

Escrito el sobre en tinta roja, igual que las cuartillas que surgieron del interior cuando hubo rasgado aquél.

La misiva decía así:

«Querido Uriah:

Esta es una carta de despedida, pero además, es una carta de sinceridad..., algo así como una confesión con la que trato de cumplir dos propósitos: descargar mi conciencia y hacer que estés enterado de cómo sucedió todo.

Tú eres un pobre hombre, un desgraciado sin horizontes ni ambiciones que jamás podía hacer feliz a una mujer como yo, a una mujer que debías haber intuido que era ambiciosa. Fue un grave error el acceder a casarme contigo, pero quizá en el momento de decir

"sí" es que me gustabas y me suponía enamorada de ti. Tiempo más tarde, Hal Loggins me hizo comprender la auténtica realidad; me hizo comprender que era a él a quien siempre había amado de veras y que era él quien podía satisfacer todos los caprichos y deseos que jamás conseguiría al lado de un vulgar taxista.

Conociéndote como te conozco, sé que jamás hubieras accedido a un divorcio por las buenas, y sé también que hubieras creado muchos problemas que es posible que hubiesen

desembocado en un resultado tristemente lamentable. Por eso, le hice comprender a Hal que teníamos que trazar un plan para conseguir nuestros propósitos. ¿Y cuál mejor que el de aprovechar tus pesadillas? Todo empezó la noche que soñaste haber llevado en tu taxi a aquel hombre; al día siguiente, Hal, convenientemente caracterizado, fue quien te detuvo para que lo llevaras al cementerio, dejando el paquete que habría de aumentar tu desconcierto y tu confusión, haciendo que por propia iniciativa desearas que te viese un psiquiatra. Los medicamentos que él te prescribió, como comprenderás, son los que exacerbaron tu ya de por sí débil mente..., conduciéndote al lugar en donde ahora te encuentras.

Hal y yo nos casamos mañana. Luego partiremos hacia Miami, donde pasaremos nuestra luna de miel.

Adiós.

Maggie.»

Uriah Chabot no pudo releer aquella carta.

Porque aquella carta no existía.

Sólo existía en su imaginación, en su sueño...

Cuando se despertó se dio cuenta de que el contenido de aquella carta lo había soñado, como tantas cosas.

Pero era una carta que muy bien podía haberle mandado Maggie...

La traidora Maggie.

Maquiavélica.

Embaucadora.

¡Pobre de Hal Loggins si algún día ella se cansaba de él!

LA DIOSA VIRGEN

TAL vez algún día Kate comprendiese que la palabra «centinela», al referirse a los padres, tenía un significado muy distinto al que ella daba o se empeñaba en dar.

Kate no necesitaba centinelas, ni de su moral, ni de su salud, ni de su bienestar. Kate quería ser libre, totalmente libre, como la paloma que hoy duerme en un balcón y a la otra noche en la rama de un árbol en la plaza del pueblo.

Tal vez algún día llegara a comprenderlo, pero de momento, hasta que no pasaran los años, era imposible.

Jesse había dicho:

— Le darás una sorpresa. Mike te quiere. ¡Sí, le salta a los ojos! ¿Acaso no lo has advertido?

Era agradable saberse querida por un hombre.

Muy agradable.

Sí.

Pero este gusto no compensaba con el disgusto de amar a otro que no era aquél. Lo había descubierto hacía muy poco. Ella amaba a Jess con locura, y sin embargo éste se empeñaba en acercarla a Mike.

— ¡Qué grata sorpresa le darás!

Todavía resonaban las palabras de Jess en sus oídos cuando se levantó de la cama, dispuesta a despreciar la tutela de sus padres y desoírlos por primera vez, lanzándose a algo que deseaba ardientemente.

Se vistió con nerviosismo, pero procurando resaltar sus encantos ante el espejo. Había elegido el mejor vestido y había metido en una maleta cuidadosamente plegados otros dos de su agrado.

Posiblemente estuviese allí, con los dos hombres, más de una semana.

No podía resistirse a la misteriosa y gozosa atracción. Indudablemente serían los días más felices de su existencia apagada, libre de esclavitud que significaba la estúpida obediencia a los padres impuesta por siglos de refinado servilismo enmascarados de amor paternal.

Allí, en la casa de aspecto medieval, junto al lago, perdida en un punto del bosque, donde el rugir de los motores de la civilización no había apagado todavía el trinar de los pájaros, donde las ardillas jugaban al escondite riéndose del hombre como de un ser extraño y

torpe.

Donde una mujer podía mirarse por vez primera en las inmaculadas aguas sabiendo que no lo había hecho otra antes; donde podía correr, reír, saltar sin que nadie se riese; donde podía amar salvajemente.

Estaría junto a Jess.

Sí.

Junto al hombre que amaba en silencio, en secreto.

Y se dejaría amar por otro al que no podía corresponder.

Estaría junto a dos artistas, uno ya conocido, cuyas pinturas atraían a los coleccionistas, otro principiante, pero según Jess un neófito que prometía mucho.

* * *

Había estado en una sola ocasión en aquella casa perdida en el bosque, cuando Jess sufrió un accidente automovilístico y Mike la llevó.

Sólo había visto de ella el vestíbulo y la habitación de Jess.

Ahora tendría ocasión de visitarla totalmente.

Al despertar aquella mañana se sintió muy extraña, con el presentimiento de estar pecando al dejar que aquellas sábanas abrazaran su cuerpo, al mirar las vigas de madera que surcaban el techo, al contemplar la postura de la pared donde dos amantes se besaban tiernamente.

La casa permanecía en el más absoluto silencio.

Tal vez los dos hombres dormían todavía. Sabía que se habían retirado muy tarde.

Según Jess habían perdido mucho tiempo en darle la bienvenida y tenían que recuperar las horas perdidas. Cuando ella pidió retirarse a dormir, ellos bajaron al sótano.

Kate calculó que había dormido más de doce horas.

La noche anterior, la de la decisión, apenas había descansado. Ahora se sentía algo entumecida, el excesivo descanso la atontaba.

En la mesita había un receptor de radio.

Giró el botón y se acomodó mejor entre las sábanas escuchando una suave música que se confundía con el estridente piar de los pájaros en el exterior.

Los amantes seguían besándose tiernamente en aquel telón de pintura, junto a un arroyo que se despeñaba en burbujeante y blanca cascada doblegando a un delgado y blanco cauce.

Las pinturas estaban firmadas por Jess.

Había visto alguno de los trabajos del artista, y todos ellos merecían su aprobación.

Su admiración, mejor.

A veces descubría materias que daban un tono fascinante a sus creaciones.

Sí.

Sabía que Jess era un verdadero artista, pero lo ignoraba casi todo de Mike, pese a que su compañero y maestro aseguraba que rompería lanzas en el mundo del arte.

Mike era un individuo un tanto esquivo, de ojos huidizos. El exceso de trabajo y el entusiasmo marcaban bajo sus ojos unas violáceas ojeras. Mike estudiaba por la mañana, trabajaba por la tarde y por la noche se dedicaba a sus aficiones guiado por la experta mano del maestro.

De Jess.

La verdad era que Kate apenas sentía curiosidad por él. La emocionaba únicamente la vida de Jess.

Cesó la música para dar paso a la crónica de sucesos.

Kate pareció despertar entonces de su letargo y se levantó. Pasó al cuarto de baño, asombrándose de que en una casa tan rústica pudiera existir tal maravilla.

— Eres un sibarita, Jess.

Cuando empezaba a peinarse, después de haberse lavado de cualquier manera, oyó una noticia que la sobrecogió un poco.

Hablaban de un segundo crimen y lo atribuían a un mismo asesino.

La noticia no hubiese tenido importancia si los dos crímenes no hubieran sido cometidos precisamente en aquel pueblo.

Las víctimas eran del sexo femenino, y las dos habían sido horriblemente mutiladas. A una el asesino le había cortado los pies, a la otra las piernas. La policía no había encontrado todavía los miembros seccionados.

El comentarista decía:

«Indudablemente se trata de un loco. Pero las autoridades confían en detenerlo antes de que concluya e incluso siga adelante con su macabra colección.»

Kate se estremeció.

Suspiró cuando dieron los nombres de las víctimas y apagó el receptor.

Cuando salió de la habitación y cruzó por una espaciosa sala, vio sobre una mesa preparado lo que Indudablemente era su desayuno.

—Jess...

No obtuvo respuesta.

La envolvía un silencio denso, casi palpable.

Se sintió un poco impresionada porque, en contraste al silencio, muchos pares de ojos vidriosos la observaban.

Trofeos de distintos éxitos cinegéticos, indudablemente conseguidos por el dueño del caserío, adornaban las paredes. Ciervos, jabalíes y otras fieras decapitadas la contemplaban un tanto acusadoramente con sus ojos de vidrio. Águilas y reptiles disecados, parecían aguardarla encaramados en ramas muertas y secas.

Kate optó por coger el desayuno e ir a tomárselo afuera, al aire libre.

Y así fue como olvidó pronto la mala impresión causada en ella por los adornos de cadáveres.

No creía estar sola en la casa.

Por eso volvió a llamar a Jess, aunque le contestó el mismo silencio anterior.

Tal vez Mike sí hubiese salido, puesto que acudía cada mañana al instituto, pero Jess no, y estaba segura de que no hubiese sido capaz de dejarla sola sin una nota escrita por lo menos.

Concluyó con su desayuno y dio un paseo por el jardín.

El jardín era otra creación de Jess.

Aunque en una figura de una fuente, en el pie, vio la firma de Mike. Se trataba de un horrible cíclope que lloraba abundantemente por su único ojo. El chorro de lágrimas caía en un pequeño lago donde dos cisnes negros, de pico rojo, nadaban tranquilamente.

Observó la escultura reconociendo que tenía ciertos valores. Mike había sabido dar movimiento a la musculatura del cuerpo desnudo, aunque advirtió fallos, tal vez producidos por el nerviosismo o, como diría Jess, por su bisoñez.

Caminó por el jardín recreándose con aquella naturaleza salvaje que la rodeaba. Con las manos tenía que apartar lianas y ramas preñadas de hojas que se inclinaban vencidas por el peso. En el tronco de un álamo, atravesada por un largo cuchillo, había una serpiente clavada.

Kate estuvo a punto de lanzar un grito y huir, pero su intuición femenina le advirtió que no era real y se acercó a comprobarlo.

Era otra de las obras de Jess.

La imitación era perfecta. Ni siquiera el cuchillo era de acero.

Aquel ambiente empezaba a gustarle y lo vivía como en un sueño.

De pronto encontró entre la maleza una cabaña construida únicamente con ramas.

Se acercó a ella, buscando la entrada, pero halló la puerta cerrada con un enorme candado.

Sintió curiosidad y buscó un espacio entre los intersticios de las ramas para mirar al interior.

Sólo consiguió ver un busto de yeso envuelto entre tinieblas. Los rayos del sol que se filtraban como aceradas flechas en el interior daban al recinto un aspecto diabólico.

Lamentó no poder entrar, pues, aunque Jess quisiese enseñárselo después, ya no sería un descubrimiento.

Buscó otra herida en la pared de ramas y la halló.

La abrió más con las manos y volvió a violar el secreto con sus ávidos ojos. En el centro de la estancia, vio un caballete de pintor con una litografía de la populosa diosa griega Afrodita, protectora de las mujeres. Sobre un enorme tronco de árbol, aserrado a modo de mesa, empezaba a levantarse lo que indudablemente iba a ser una escultura a tamaño natural de la diosa virgen.

Se apartó rápidamente al oír una voz lejana.

Cuando el sonido se repitió reconoció la voz de Jess que la llamaba.

— ¡Kate! ¿Estás ahí?

Sin saber por qué, ella no quiso que Jess supiera que había estado junto a la cabaña, pero desconocedora de aquella pequeña selva no supo hallar otro camino.

— ¿Qué hacías por ahí? No es apto para mujeres.

Kate sonrió.

— No necesitas jurarlo, Jess. Todo es muy hermoso, pero es horrible.

—Y lo será mucho más. Con esculturas o fieras por doquier. No se parecerá al paraíso de Adán, pero dará idea exacta de lo que sería una jungla para los exploradores de la Edad de Piedra.

—¿Con cuchillos de acero atravesando serpientes?

— Fue un juego mío, que después me brindó la idea. ¿La has visto?

— Y hasta creo que he lanzado un grito.

— No te asustes nunca de nada de lo que veas aquí. Todo es ficticio..., menos tu presencia. Mike está de suerte.

* * *

Kate se ofreció para preparar la comida asegurando que durante unos días los dos hombres sabrían lo que es comer decentemente.

No es que Kate dominase el arte culinario, los tiempos modernos no dejan tiempo a las mujeres para estas cosas, pero tenía más facilidad para ello que los dos artistas retirados de la civilización.

Mike volvió cuando ella ya concluía.

— Llegas a tiempo, Mike. ¿Mucho apetito?

Mike se puso colorado. Sus ojos huyeron de los de Kate como si temiesen algo.

Era un muchacho alto y espigado, rubio, casi albino, nervioso, de dedos largos y huesudos que retorció constantemente cuando se sentía nervioso o tímido, y siempre se sentía así.

Hablaron poco durante la comida. Cuantas veces Kate intentó provocar una conversación, Mike la cortaba de una manera u otra. Mike se sentía violento, esquivo, demostraba deseos de acabar pronto y volver a marcharse.

— Me harás creer que te molesta mi compañía...

— ¡Oh, no!

Jess siempre intervenía para auxiliar a ambos.

— Mike está preocupado por los exámenes, le apuran demasiado. Y no hay manera de convencerle de que su carrera está en la escultura.

Kate, que no sentía ningún deseo de aproximación, intentaba conquistarse a Mike.

— He visto la escultura del cíclope en el lago. Es muy buena.

— Pues la hizo en sus comienzos, cuando era menos que un neófito. Ahora es un neófito a secas, pero se defiende bien. Te prepara una sorpresa, Kate. ¿Verdad, Mike?

No consiguió adivinarlo ni que se lo dijeran.

Por fin Mike se levantó y pidiendo mil disculpas abandonó la casa en su viejo automóvil de tres lustros atrás.

Jess le despidió riendo. Cuando el ronquido del motor cesó, dijo:

— Está perdidamente enamorado de ti, Kate. ¿No es así como se dice en el cine?

— No lo parece.

— Te considera demasiado para él. Y es que eres bonita, Kate. Muy bonita.

— ¡Caramba! Por lo menos me lo dices tú.

— Pero de parte de él.

— Pues no debería de ser así.

— ¿Acaso dudas de su amor?

No podía dudar.

No.

Mike había dado infinitas pruebas de afecto.

Una de ellas, quizá la más importante, o que por lo menos demostraba lo mucho que se había tenido que esforzar el atribulado hombre, era la de su abrazo al mundo del arte. Supo que a Kate le entusiasmaba todo aquello y al día siguiente rogaba a Jess que le diera lecciones.

Y así continuaba hasta la fecha.

— No dudo, pero... Ya no está de moda la timidez, Jess. Ahora los hombres son decididos.

— ¡Claro! ¡Y Mike también lo es! Aguarda a que se sacuda de encima ese entorpecimiento y verás tú. O aguarda a su sorpresa.

Nuevamente aquel secreto.

— ¿No puedes anticiparme algo, Jess?

— Se trata de una escultura: la de la diosa Afrodita. ¿La conoces?

— Claro.

— Asegura que se me ha anticipado y ha descubierto una nueva materia para moldear que revolucionará el mundo del arte moderno. La está empleando en esa escultura y asegura que se inspira en ti.

—Yo no tengo nada de diosa ni de...

— Déjale que lo haga. Tú lo eres para él.

— No es una inspiración muy luminosa..., copiándolo de una litografía.

— ¿La has visto? ¿Has estado...?

— Sólo por entre el ramaje de las paredes. He visto la litografía y un tronco con algo cubierto por un trapo.

— ¡Es su obra! Te asombrarás, Kate.

—¿Lo has visto tú?

— No me deja. Cierra la puerta con candado. Dice que por una vez prescindirá de mis indicaciones y que tendré que esperar hasta el último momento. Asegura que si no fuera por el blanco porcelana de su figura, ya no sabría reconocer qué es la piedra y qué es Kate.

— Muy halagador.

* * *

Por la noche Mike se mostró más sociable, aunque aparecía abatido y preocupado. Contestaba a todas las preguntas de la muchacha y hasta se atrevía a sonreírle y mirarla.

Kate preguntó:

—¿Te molesta que haya venido?

— ¡Oh, no! No, Kate. Me gusta mucho, pero...

— Es que ya empiezo a sentir remordimientos. Yo.,, yo lo he hecho por ti, Mike. Por ti y por Jess, claro. Quería estar a vuestro lado, sentirme la compañera de dos artistas que se han lanzado a la conquista del mundo.

— Sí, me gusta, Kate. Me gusta mucho.

Fue entonces cuando Jess, interviniendo como siempre para auxiliarlos, los sumergió en un profundo estupor.

— Creo que Mike se muestra así porque no sabe cómo pedirte que poses para él.

Kate creyó ver una negativa en el gesto de cabeza que hizo Mike, pero él no lo corroboró con palabras, y ella se quedó sin saber la verdad.

Transcurrieron varios segundos antes de que ella rompiera el silencio que Jess había provocado y al que había contribuido.

—Tu trabajo es un secreto, ¿verdad, Mike?

—¿Jess te ha hablado?

— Muy poco, con la excusa de un cerrado misterio. Dice que ni él ni yo podemos ver la obra hasta que hayas terminado. ¿Es verdad?

— Sí. No quiero que la veáis todavía.

— Pues, entonces, ¿para qué quieres que pose?

Mike se ruborizó y ya apenas dijo nada durante la cena.

Después, cuando salieron a la galería, Kate buscó su compañía.

— Me parece triste, Mike.

— No es nada. Tal vez tenga un poco baja la moral por haberme levantado con el pie izquierdo.

— No creo eso de ti. Ha de haber alguna causa.

— Ninguna, Kate. Te lo aseguro.

Kate se atrevió a pedir entonces:

— ¿Me enseñas tu estudio?

El hombre acusó cierta sorpresa y temor.

— No.

— ¿Por qué?

— Será mejor que todavía no lo veas.

Jess se presentó para decirles que bajaba al sótano para seguir con su colección que ya tenía excesivamente atrasada y Mike acusó de pronto cansancio y jaqueca, por lo que se despidió de la muchacha.

Y Kate se fue a la cocina a fregar cacharros.

— Me temo que lo que habéis pedido es una criada y no una compañera.

Cuando se retiró a su habitación, lo hizo convencida de que Mike había pretextado una jaqueca para deshacerse de ella.

Estuvo casi una hora ante el espejo y contemplándose en él.

Su situación y su vida en aquella casa empezaban a aburrirla. Jess había dicho que aquella fiebre de trabajo no duraría más de cuarenta y ocho horas y después podrían dedicar unos días al descanso y a la diversión.

— Ya Mike le desaparecerá esa timidez y entonces no podrás contenerlo.

Kate arrugó la nariz a la imagen aburrida del espejo y comenzó a desvestirse.

Fue entonces cuando, sin saber por qué, notó que la sangre corría más fluida por sus venas.

Notó algo.

Un algo misterioso que jamás había sentido.

Sí.

Se le encendieron las mejillas y el corazón le latió con fuerza.

Kate se acomodó a la ventana y desde allí buscó la oscura silueta de la cabaña de ramas.

La distinguió.

Había luz.

Mike debía estar trabajando.

Kate sospechaba que era cierto que Mike necesitaba una modelo. Que la necesitaba precisamente a ella para poder convertir un trozo de materia extraña en su propia figura.

Más fluida corrió a partir de ahora la sangre por sus venas, y mucho más cuando, decidida, y en silencio, bajó al jardín sin haberse abrigado, sin haberse puesto encima ninguna prenda.

Pero Mike no estaba en la cabaña. El candado permanecía cerrado. Se asomó por entre el seco y crujiente ramaje y vio el caballete de pintor sobre el que reposaba la litografía de la diosa Afrodita.

Sobre el tronco se mantenían en perfecto equilibrio las piernas desnudas de la virgen protectora de las mujeres. Eran tan blancas como la nieve y parecían de un material extraordinariamente dúctil. Como si fuese caucho blanco.

Aguardó por si Mike llegaba, pero al fin tuvo que retirarse a su habitación.

Antes de dormirse se enojó consigo misma.

* * *

Los amantes seguían besándose junto a la cascada de espuma.

Kate se dijo que aquello era vida y no lo que estaba pasando ella. Estaba enfadada.

Todos los pecadores se enfadan normalmente cuando fracasan después de tomada una decisión.

Los pájaros cruzaban por delante de los vidrios de la ventana, los enamorados insaciables junto a ella seguían con su amor. El receptor de radio seguía apagado sobre la mesita.

Lo encendió.

Música suave, para un dulce despertar. Después la voz grosera del comentarista de sucesos:

— Han sido descubiertos restos humanos pertenecientes al tercer cadáver. Se trata de otra mujer, una joven de veinte años que ha sido bárbaramente destrozada sin duda por el mismo loco sobre quien les hemos informado en crónicas anteriores. Los despojos han sido hallados por el vigilante de una fábrica situada en la parte este del pueblo. La policía ha podido identificar a la víctima como a Cora Davis. Se insiste en que el cerco se está cerrando en torno al asesino. Pero nosotros nos preguntamos: ¿Cuántas víctimas necesitan nuestros centinelas de la paz para atraparlo?

Kate cerró el receptor.

Estaba impresionada.

Se desnudó y se metió en la ducha..

Cuando el agua fría la abrazaba, oyó golpes en la puerta.

— ¿Quién es?

— Jess. Te espero para desayunar.

Se apresuró y apareció lo más bonita posible ante los ojos vidriosos de las dos docenas de animales de la sala, y ante la mirada de Jess.

— Estás preciosa, Kate. ¡Lástima que Mike no pueda verte!

— ¿Quieres decir que se fija en las mujeres?

— Pero si está loco por ti... ¿No lo notas?

— No.

— ¿No notas su timidez y su nerviosismo cuando le miras o te mira? Eso es amor. Su mirada está llena de amor.

— Yo dina que de otra cosa. ¿Quieres decir que no le busca la policía?

Jess soltó una alegre carcajada.

— ¿Qué broma es ésta?

— Lo parece. Por lo menos a mí se me antoja como un tipo esquivo y misterioso.

Jess no disimuló su solapada sonrisa.

— Sin embargo, anoche le buscabas.

Kate se puso colorada, pero Jess intervino rápido para auxiliarla y no hacerle pasar un mal rato.

— ¡Oh! A mí me gustó. Mira, Kate..., yo te traje aquí porque él me lo pidió... aunque la idea fue mía. Yo le prometí que antes de una semana os habríais declarado mutuamente vuestro amor.

— O nuestro odio.

— Según los románticos es casi lo mismo amor y odio. O que se distancian muy poco.

Después de una larga conversación que versó sobre Mike, Jess le dijo que tenía que ir al pueblo a llevar unas pinturas. Se ofreció para llevarla.

Ella denegó.

— No. Alguien podría verme y contárselo a mis padres. Ya sabes que ellos no saben dónde me encuentro.

— Como quieras. Iré solo y volveré pronto. En cuanto oigas sonar mi claxon, prepárate a divertirme, porque no os voy a dejar tranquilos ni a ti ni a Mike.

Cuando se despidieron, sin saber por qué, se dieron la mano.

Y Kate retuvo la de Jess y el rostro de éste se ensombreció.

Cuando el coche se fue, Kate se preguntó:

— Bueno... ¿qué me pasa a mí? ¿A quién quiero de los dos? A veces me parece que Jess se sale con la suya y me siento atraída hacia aquel tímido, y a veces Mike me causa pavor y necesito a Jess.

El gigante de un ojo en mitad de la frente seguía llorando a chorros y, en contraste, los cisnes negros de pico rojo danzaban dulcemente a su alrededor.

Una serpiente enorme, irreal, se debatía aprisionada por un cuchillo.

Las lianas formaban una cortina densa y compacta.

Las copas apretadas impedían la infiltración del sol y la tierra olía a humedad.

El candado seguía cerrado.

Dentro de la cabaña reinaba la noche rota por las puñaladas de luz que se colaban por entre el ramaje.

Los ojos de Kate, ávidos, bucearon en el interior. Una litografía en el caballete y la gran obra maestra de Mike sobre el tronco aserrado.

La lechosa estatua ya tenía cuerpo.

Era un hermoso ser decapitado y sin brazos.

Había armonía y vida en la figura...

Sí.

Pero a Kate se le hizo un nudo en la garganta. Y si por la noche la sangre le había corrido fluida por las venas, ahora se le había detenido helada.

No supo dar razón a su susto y por esto le costó menos recuperarse, aunque siguió en ella la zozobra.

Sintió imperantes deseos de entrar en el mundo misterioso de Mike, pero por más que hurgó en el enorme candado, y por más llaves que intentó yendo y viniendo a la casa, no consiguió violar la entrada.

Tuvo una idea algo descabellada, pero se dijo que nadie sospecharía nada.

Y si la descubrían tal vez ni la censurasen porque la cosa carecía de importancia.

Introdujo un trocito de hierro en el orificio de la llave con la intención de que Mike no pudiese abrir y no tuviese más solución que romper la cadena.

Tal vez no volviese a cerrarla o emplease algún medio que no se resistiese tanto como aquel maldito candado.

Jess no hizo sonar el claxon alegremente como había prometido. Detuvo el coche en el jardín y cerró la portezuela con un golpe seco y fuerte. Bajo el brazo llevaba papeles, diarios y pinturas.

Cuando vio a Kate junto a la fuente, su torvo ceño se alisó y dulcificó su expresión.

— Hola, Kate.

—¿Sucede algo?

— Gajes del oficio. Ser un artista tiene graves inconvenientes, pero hay uno que es irresistible: has de tratar, quieras o no, con gente estúpida.

—¿La exposición?

— Sí, la exposición. Ahora resulta que tienen la sala ocupada con abortos de un principiante.

Advirtió su crudo lenguaje y su enojo se dulcificó ensayando una sonrisa tierna.

— Disculpa, Kate. Creo que me han sacado de mis casillas..., y es que hay algo más. ¡Dicen que mis pinturas ya no llaman la atención!

El hombre estaba preocupado y Kate se lanzó a consolarle.

Era una gran ocasión para ella.

Sí.

Empezó a mirarlo, a obligarle a olvidar, a considerarse seguro de sí mismo otra vez.

Pero la presencia de Mike, que llegaba para comer, dio al traste con todo.

Lo que para Kate había prometido ser una gran aventura para su alma femenina, se convirtió en una insulsa comida para tres.

Jess se fue a su estudio, Mike se fue a dar un paseo por el jardín sin poder ocultar su deseo de que Kate le siguiese..., y Kate, por el contrario, se tumbó en una hamaca y empezó a hojear el periódico.

Halló un extenso comentario sobre los crímenes que asolaban la comarca.

Y conforme iba leyendo, un frío intenso se apoderó de su piel.

El cronista insinuaba que un nuevo Frankenstein pretendía reconstruir un cuerpo humano con miembros de distintos cadáveres. Primero los pies, unos pies perfectos; después las piernas..., el tercer día el busto. Ahora el monstruo buscaría los brazos más bonitos y por último la cabeza.

Antes de finalizar el artículo, y tras disculparse de la crudeza y de las despiadadas insinuaciones, el autor hacía notar la desaparición de una muchacha llamada Kate Morrison, y dejaba entrever que tal vez fuese ya un cadáver mutilado.

Kate Morrison era ella...

Pensó inmediatamente en sus padres y un ardiente deseo de volver le hizo olvidar los otros deseos.

Pero no quiso delatar a los hombres sus temores y procuró en primer lugar calmar su alocado corazón.

Se comportó más o menos como lo había hecho hasta entonces.

Cuando consideró llegado el momento salió al jardín y disimuladamente se acercó a la verja, donde había dejado estacionado

su coche.

No estaba allí.

Sospechó que lo habían guardado en el pequeño garaje. Fue hasta él, pero encontró la puerta cerrada. Cuando alimentaba la idea de huir a pie, se topó con Mike.

—¿Necesitas algo, Kate?

—¿Eh? No. Quería ir a dar una vuelta con el coche. ¿Tienes las llaves del garaje?

— Las guarda Jess. Como yo no dejo descansar el mío, no lo meto nunca. Si quieres que te lleve...

—¡No!

— Pareces asustada, Kate. ¿Te sucede algo especial?

— He querido decir que no debes molestarte. Me aburría, ¿sabes? Y quería ir sola para calmarme. Me siento algo nerviosa. ¡Oh, soy una tonta! ¿Dónde está Jess?

— En su estudio. Será mejor que no le importunemos, parece ser que las cosas no le van muy bien. Pero yo creo que triunfará. Tiene madera de artista, pero anda detrás de un gran descubrimiento y al no hallarlo se siente naufragar.

Kate pensaba todo lo contrario. Se deshizo como pudo de la presencia de Mike, y a falta de otro lugar, se fue a su habitación.

Se puso a escuchar la radio. Aquel día el programa constaba al parecer de música aburrida y noticias horribles.

— ¡El teléfono!

Descolgó el auricular y pidió línea. Pero al hacerlo notó que alguien manipulaba también desde otro lugar.

La voz de Jess inquirió:

— ¡Ah! ¿Eres tú, Kate? ¿A quién llamas?

—A mis padres. No quiero que se inquieten.

— No saben que estás aquí, ¿verdad?

—No.

—Te escapaste de casa, ¿verdad?

—Ajá.

— Pues, llámales.

Jess colgó.

Pero Kate no pudo ponerse en comunicación con sus padres. Nadie contestó al teléfono, Imaginó que la estarían buscando desesperadamente.

Y Kate, arrepentida, lloró.

* * *

Kate se quedó dormida.

Al despertar se sintió mucho más calmada y fue capaz de pensar

serenamente. Y al hacerlo se dijo que había sido una tonta.

No tenía motivos para estar tan asustada.

No.

Era la hora de la cena.

Encontró a Jess leyendo un periódico, el mismo que ella había leído, y tumbado en la misma hamaca.

—¿Nos preparas la cena, Kate? Mike ha salido, pero no creo que tarde mucho. Creo que se va a inspirar junto al lago o al río. ¿Te has enterado de la oleada de crímenes?

—Sí.

—Según el último parte de la radio, la policía ya ha dado con el asesino. Se trata de un loco que muchos años atrás cometió un delito de parecida índole. ¡Cómo está el mundo!

—Soy una estúpida...

—¿Qué?

—Nada, Jess. Que tengo mucho apetito. ¿Preparo la cena?

—Claro.

Mientras la muchacha se dedicaba a su tarea, siguieron hablando. Nuevamente el nombre de Mike surgió en la conversación, y Kate sintió pena por él, tanta, que hasta por un momento pensó que haría bien en pedirle perdón.

—Dice que ya está acabando su obra. Debe ser algo raro y extraordinario. Es una escultura y la ha empezado por los pies. Asegura que es una fantástica inspiración, una innovación de la diosa Afrodita a la que ha despojado de toda vestimenta. Claro que Afrodita no iba muy abrigada. Yo creo que si te pide que poses, no podrás negarte; porque ya habrá terminado el cuerpo y sólo le faltará la cabeza.

Nuevamente Kate sintió frío.

Pero pronto pudo apartar los temores.

* * *

Mike se mostró algo más comunicativo, pero la mirada de sus ojos todavía no había adquirido fijeza; huían siempre de los de Kate.

Jess preguntaba:

—¿Lo tienes ya, Mike?

El asentía con la cabeza.

—¿Ya tiene brazos?

Entre palabras sin sentido pronunciadas por uno y por otro, Kate notó cierta ansiedad en un comentario de Mike.

—Jess, creo que me lo he tomado en serio.

—¿El qué?

—Siento el arte, Jess..., y creo que llegaré.

Los dos miraron a la muchacha y hablaron de otra cosa.

Después, el dueño de la casa pidió a su amigo que le ayudara a seleccionar unas pinturas para intentar una exposición en otra sala de otro pueblo. Extendió el ofrecimiento hasta Kate, pero ésta se negó.

Cuando los dos bajaron al patio, Kate se introdujo en la pequeña selva inspirada por Jess y corrió hacia la cabaña.

Había luz en ella y cuando la alcanzó descubrió que la puerta estaba solamente entornada.

No supo si aquel detalle, el éxito de su ardid, le producía alegría o terror.

Tiró de las entrelazadas ramas y penetró muy despacio.

Poca cosa más descubrió que no hubiese visto anteriormente por el ramaje.

A excepción de los brazos que colgaban del cuerpo.

Los brazos...

Se aproximó más y estiró un brazo. Sus dedos temblaron antes de tocar la lechosa materia.

Era dura.

No era goma.

Parecía porcelana. Su albura era idéntica a la de una materia viscosa de un barril cercano.

Sin embargo, no se sintió muy aliviada.

Allí faltaba algo...

Regresó a la casa. Se sentía nerviosa y temblorosa. Volvió al patio y se acercó al garaje. La puerta estaba cerrada y fuera no había ningún coche. Sin saber por qué se acercó a la puerta de la verja. Empujó y también descubrió que estaba cefrada.

Se sintió prisionera y el pánico empezó a invadirla.

Apresuradamente regresó al jardín.

Los hombres abandonaban ya el sótano. Oía sus voces al subir. Kate corrió hasta la mesa y tomó asiento.

Mike decía.

— Estoy seguro de que triunfaré. Y me gustaría que Kate fuera la llave de mi éxito. Quiero que pose para mí.

Las manos de Kate se cerraron en torno al teléfono. Tenía que llamar. Tenía que decir a alguien que ella estaba allí.

— No funciona el teléfono, Kate. Por lo visto se ha vuelto a romper el cable. La Compañía ya no quiso darme ninguna clase de garantía. ¡Siempre estamos igual!

— Es que no pude comunicar con mis padres.

— Mañana, cuando baje al pueblo, me acercaré yo. Puedo poner la excusa de una excursión. Ya hablaremos. Pero atiende a lo que dice Mike.

— Me encuentro muy mal, Jess.

El hombre se acercó solícito a ella.

—¿Qué te sucede?

— No sé... siento mareos.

—Te acompañará a tu habitación.

El brazo viril rodeó sus vencidos hombros, reconfortándola. La acompañó hasta la misma puerta.

—Voy a prepararte una taza de hierbas milagrosas. A mí me lo curan todo.

Cuando Jess pasaba por la sala de los trofeos cinegéticos, oyó la voz de Mike que le decía:

— Estoy entusiasmado, Jess. Me voy a trabajar.

Kate cerró la puerta y nerviosamente acudió al receptor de radio.

Un sudor frío la bañó.

Un loco había declarado ser el asesino, pero las pruebas demostraban que él no había podido ser.

¡Y había aparecido un cuarto cadáver!

Una mujer a la que le faltaban dos brazos.

Unos golpes suaves sonaron en la puerta.

—¿Eres tú, Jess?

— Sí, Kate. ¿Por qué has cerrado?

Abrió.

El hombre traía la taza de hierbas.

— No han atrapado al asesino, Jess... ¡Anda suelto y ha elegido a otra víctima!

Jess apenas acusó nada en su rostro.

— Supongo que habrá completado su colección a estas horas.

— ¡Le falta la cabecal

El sonrió burlonamente y le tendió la taza.

—Anda, bebe. Estás nerviosa y esto te sentará bien. ¿Vas a acostarte ya?

Kate despreció las hierbas. Tenía miedo, aunque la presencia del hombre la reconfortaba inundándola de confianza.

— No te vayas, Jess.

— Pero...

— Quédate conmigo.

— Kate...

Le tomó las manos y le obligó a acercarse a ella.

— Creo que la radio te ha metido fantasmas en la cabeza, Kate. Porque supongo que es por miedo por lo que me pides esto.

Impulsivamente, la muchacha aplastó la cara contra el pecho masculino. Se abrazó a su cintura con fuerza, inyectándose ánimos. Y cuando los brazos de Jess la rodearon, se dijo que sentía miedo y sentía amor.

Retrocedió hasta el lecho y cuando tropezó con las piernas cayó

sentada. Le obligó también a él a sentarse a su lado.

—Quédate, Jess..., te lo suplico.

Y él, llevado de una pasión que inopinadamente brilló en sus ojos, le aprisionó los temblorosos labios con los suyos en un beso largo y profundo.

* * *

El corazón de Kate, que había empezado a latir con normalidad, se detuvo de pronto al escuchar una llamada en la puerta.

— Es Mike...

La voz del muchacho se escuchó en el pasillo.

— ¿Estás levantada, Kate?

Jess miró a la muchacha extrañado de su mortal palidez.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no contestas?

Las manos de ella le asieron temblorosamente de la chaqueta, se apretó contra él, pálida y convulsiva.

Los golpes volvieron a sonar en la puerta, más suaves, como si no quisieran despertarla.

Kate buscó auxilio en los ojos de Jess.

— Ábrele.

— Le tengo miedo, Jess.

—¿Miedo?

— No me dejes, no te vayas. No..., no te separes de mí. ¡Quiere matarme!

— Oh, vamos... Mira, haremos una cosa: no quiero que me vea aquí dentro, por lo que me esconderé en el baño. Y si verdaderamente pretende algo que no te guste, me llamas.

El miedo de Jess era distinto al de Kate. Ella lo comprendió así y se preguntó si no estaba cometiendo otra de sus tonterías.

Pero la escultura ya tenía brazos..., y a un cadáver se los habían robado.

— Sí, Jess.

— Seguro que viene a pedirte que poses para él.

— ¡No!

— Puedes negarte si quieres.

La voz de Mike volvió a sonar:

— Kate...

Y ella respondió desfallecidamente:

—Ya voy, Mike. Estaba en el baño y no te oía.

Aguardó a que Jess cerrara tras él y abrió la puerta.

Mike, el temido Mike, con sus ojos esquivos, con sus labios temblorosos, estaba ante ella, mirándola fijamente.

— Hola, Kate. No quería retirarme sin saber si te sentías mejor.

¿Ya se te ha pasado?

— Creo que no.

— Estás muy pálida.

Kate había temido que él entrara, pero seguía en el umbral, sin atreverse a profanar la estancia.

— No es nada. Seguramente mañana me sentiré mejor.

— Lo deseo, Kate. Precisamente quería pedirte una cosa.

— ¡No!

Mike sonrió tristemente. Sus ojos huyeron una vez más. Un bloc tamaño folio que tenía en las manos sufrió mala suerte entre sus dedos nerviosos, profundamente alterados.

— Quería que posaras para mí.

— No..., no, Mike.

— Sólo la cabeza.

— ¡No!

Iba a cerrar la puerta, pero Mike interpuso la mano.

Kate le miró horrorizada, sin embargo, en el rostro de Mike no se leía la resolución del asesino dispuesto ya a terminar su obra. Era la de un muchacho tímido dispuesto a esforzarse en una situación adversa por conseguir su propósito.

— Es para hacerte un retrato, Kate. Estoy convencido de que puedo hacer algo grande, algo hermoso.

— ¿Un retrato?

— Estoy convencido de que la pintura y el retrato puede ser mi especialidad. Me lo dijo un profesor al ver un boceto precisamente inspirado en ti. Me aseguró que el triunfo me estaba llamando. Yo he empezado todo casi en broma, con engaños; pero ahora estoy convencido de que puedo llegar a hacerlo.

Kate ya no presionaba en la puerta. Estaba atenta a aquellos labios que hablaban y a aquellos ojos tímidos que huían de ella.

— ¿Sólo un retrato?

— Sí, Kate. Te juro que no pasó por mi mente que posaras totalmente para mí.

— Entonces...

El la escuchaba con ansiedad. Aguardó a que ella siguiera.

— Entonces..., ¿tu diosa? ¿La diosa virgen?

Sus palabras abrieron una herida en el rostro del hombre. Una herida alegre, luminosa, provocada por una sonrisa triste.

Mike se apoyó en el marco de la puerta y meditó unos segundos, como dispuesto a hablar largamente. Nuevamente la obsequió con una sonrisa triste que llenaba de esperanza a la mujer.

— Yo no sabía apenas dibujar cuando te conocí a ti, Kate; y sin embargo tú sólo tenías ojos para los artistas, para Jess y para otros, aunque sólo fuesen principiantes. Yo me enamoré de ti apenas te vi. Es

ridículo, ¿verdad?

— No, Mike.

— Quise acercarme a ti, pero no sabía cómo. Mi maldita timidez me ataba de pies y manos, entorpecía mi lengua. Yo me reunía con aquel grupo de artistas porque era amigo del gran maestro Jess. Y fue Jess quien me dio la idea de abrazar estas aficiones para seguir junto a ti.

Sus ojos buscaron los de Kate, e incluso se atrevieron a resistir la mirada de ella. Estaba realizando un gran esfuerzo.

— Sigue, Mike.

— Poco a poco empecé a sentir la misma inspiración que ellos. Jess me daba las lecciones prácticas elementales y yo me esforzaba. Hasta que aquel profesor vio mi boceto. ¡Y dijo que era bueno! Te lo enseñaré, Kate.

— ¿Y la diosa?

Nueva sonrisa que desarmó a Kate y le liberó el corazón prisionero de la garra del pánico.

— No la conozco. Jess quiso que simulara que era obra mía para atraerte, pero ahora no lo considero necesario. Si tengo que gustarte, si me has de querer, ha de ser por lo que soy, por lo que quiera ser.

— ¿No es tuya?

— Me imagino que es muy buena, ha de serlo, porque Jess ha puesto en ella toda su sabiduría. Y Jess tiene mucha sabiduría, pese a estos últimos fracasos que ha tenido.

— ¿De Jess?

Mike adelantó los brazos hacia ella.

— ¿Te sientes mal? Me asustas, Kate.

Entró, la tomó de los hombros y la obligó a sentarse en la cama.

— ¿Quieres que llame a Jess?

Kate, blanca como la cera, intentó incorporarse. Con los ojos dilatados por el pánico, gritó:

— ¡Está en el baño! ¡Jess es el asesino!

— ¿Qué dices, Kate?

— ¡En el baño! ¡Está aquí!

Extrañado todavía, Mike empujó la puerta que Kate le señalaba. Miró en el interior y dijo:

— Aquí no hay nadie.

Topó con ella, que se le abrazaba histérica, temblando todo su cuerpo.

— ¡Mike! ¡Jess es el asesino! Ha mutilado a cuatro mujeres para construir su monstruo blanco. Se ha valido de sus miembros a los cuales ha dado un baño parecido al de la porcelana, petrificándolos. ¡Es el asesino!

— Kate...

— Sólo le falta la cabeza..., la cabeza de la diosa que ha de parecerse a mí. ¡Sácame de aquí, Mike! ¡Llévame a casa! ¡Avisemos a la policía!

— Cálmate, cálmate... Bueno, está bien, te sacaré de aquí.

La rodeó por los hombros y salieron de la habitación.

Luces lejanas alumbraban el pasillo en penumbras.

En la sala de los trofeos la tímida bombilla de una lámpara arrancaba destellos de los ojos vidriosos. La cabeza de un monstruoso jabalí les sonreía mostrándoles sus potentes colmillos.

Avanzaban torpemente, Kate cada vez más apretada al hombre que ahora constituía su apoyo y salvación.

Cuando atravesaron la entrada vieron algo en el patio que antes no estaba.

El tronco de un árbol con la diosa blanca decapitada.

— ¡Mike!

Y si el hombre hasta aquel momento no había creído en los temores de la mujer, ahora rectificó.

—Vamos, Kate. Tenemos que sacar el coche del garaje.

— ¡Jess nos acecha!

Tiró de ella suavemente, obligándola a aproximarse a la imagen de Afrodita.

Cuando cruzaban por delante de ella, oyeron una risa terrorífica.

Quedaron petrificados junto a la diosa decapitada.

Mike gritó:

— ¡Jess! ¿Qué significa esta broma?

Nuevamente la risa del dueño de la casa. Oyeron ruido de hojarasca y ambos miraron hacia la selva.

Jess llegaba en aquellos momentos con un cubo de espeso líquido blanco y un hacha sobre el hombro.

Avanzaba tranquilo, despacio, como si todo aquello fuese para él natural. Sus ojos parecían más grandes al sobresalir algo más de sus cuencas y desde aquella distancia despedían un perceptible brillo de demencia.

— Hola, muchachos. Aquí tenéis, dispuesto a terminar mi obra. La diosa Afrodita junto al cadáver de su amante desconocido. Tú también entras en la combinación, Mike. Desde el primer día.

Mike se sentía ligado por el tembloroso abrazo de Kate y por la aterradora presencia del loco.

Jess dejó el cubo junto a la escultura y sus ojos saltones buscaron a los jóvenes inmediatamente.

— El mundo jamás volverá a reírse de mí. A partir de esta noche se pronunciará mi nombre con gran respeto.

—¿Qué es esa estatua, Jess?

—¿No lo ves? ¡Una obra de arte! ¿No es perfecta? Observa todos

los músculos, las arrugas de la piel, los senos..., ¿no ves que palpitan de amor?

— Estás loco, Jess.

Las manos del asesino se cerraron en torno al hacha.

Era más corpulento que Mike, y sin embargo éste, separándose de Kate, se aprestó a la lucha en defensa de su vida y de la de Kate.

La temible hacha sesgó el aire muy cerca del rostro de Mike, que tuvo que realizar un terrible esfuerzo para eludir el segundo tajo.

Tropezó y cayó al suelo.

Jess soltó una risotada, alzó la temible arma y se dispuso a descargarla.

Kate intervino.

No supo cómo ni por qué, ni de dónde había sacado valor y fuerzas. Se abrazó al cuerpo del loco, empujándolo hasta derribarlo. Fue suficiente para que Mike pudiera intervenir y reducirlo a la impotencia.

* * *

La avería telefónica había sido provocada desde la casa. Mike la halló, y reparándola, pudo comunicarse con los padres de Kate y después con la policía.

—¿Ha aparecido el cadáver decapitado?

Mike dijo estremeciéndose:

— Existe un cadáver sin cabeza..., pero ya existía antes; está compuesto por los miembros seccionados. Envíen algo para recogerlo.

Dio los datos precisos.

Cuando colgó contempló el pálido rostro de Kate que estaba abrazada a él.

— Mike..., ¿te he dicho que le había pedido a Jess que pasara la noche conmigo para librarme del asesino?

CIANURO

ALFRED, el mayordomo, les comunicó ceremoniosamente:

— La cena está servida, señores. La señora les espera en el comedor.

Nancy contestó:

—Gracias, Alfred, ahora vamos.

Contemplaron al mayordomo cómo se alejaba. Siempre lo hacían. También aquella mirada burlona que intercambiaron esta vez, se repetía usualmente. Era tan amanerado su andar, tan sutiles sus movimientos...

—Vamos, Sean, nos estará esperando.

—Sí.

Nancy y Sean se encaminaron hacia el comedor de la casa.

¡La cena!

Un escalofrío de incomodidad recorrió el cuerpo del joven al pensar en el cotidiano espectáculo que ofrecían las comidas en aquella casa.

Sí.

Tan sólo tres personas se sentarían en la enorme mesa. No obstante se serviría comida para veintidós invitados..., y Nancy tendría que ayudar a Alfred en tal menester. Mientras, él conversaría con seres inexistentes.

Seres inexistentes, sí.

Algunos de los cuales hacía ya más de doscientos años que habían fallecido...

¿Cómo era posible tal locura?

Tan sólo hacía un par de meses que Sean vivía en la casa y aquel espectáculo tétrico le resultaba insoportable.

¿Dónde habría templado Nancy sus nervios?

Nunca habían hablado a solas de ello. Era un espectáculo que se tenía que olvidar después de visto, o por lo menos intentarlo.

Al atravesar la puerta del comedor y contemplar a tía Lilían conversando con uno de los inexistentes comensales, Sean supo que no vacilaría...

¡Que la mataría!

La tía les hizo un ambiguo saludo con la diestra.

— Buenas noches, jovencitos. Le estaba diciendo a vuestro bisabuelo Arthur que últimamente me encuentro mucho mejor. ¿No es verdad, Sean?

— Cierto.

En aquel preciso instante entró Alfred, portando la enorme olla. Como de costumbre, Nancy se ofreció para ayudarlo.

Sean la miró unos instantes. Súbitamente apartó los ojos de ella. Le fastidiaba comprobar que la costumbre de fingir había dado paso a una asombrosa naturalidad.

Nancy no parecía hacer teatro, se desenvolvía con exquisita espontaneidad, sus movimientos eran naturales.

¿Cómo lo conseguía?

Muchos años aguantando aquellas escenas macabras hacía que acabara asimilándolas, soportándolas.

Tía Lilían preguntó:

— Sean... ¡Sean! ¿En qué diablos estabas pensando?

— No..., no pensaba en nada...

—Tengo la impresión de que no te encuentras a gusto entre nosotros. Bien, dejemos esto. Tío Denis me estaba preguntando si ya tenéis fijado el día de la boda.

Fue Nancy la que habló:

— No, tío, aún no hemos decidido el día. Será pronto, desde luego, pero...

Sean sintió náuseas.

¡Aquella cotidiana pesadilla le repugnaba!

Tan sólo hacía un par de meses que tenía que soportar las comidas y ya había llegado al término de sus fuerzas.

¿Cómo había podido aguantar Nancy tanto tiempo?

¡Toda su vida!

Compasión...

Sí.

Fue esto, mezclado con unos enervantes deseos de venganza, lo que punzó el corazón de Sean durante unos instantes...

Después, la solución.

¡Matarla!

Alfred trajo el vaso de tía Lilían.

Lo llenó de agua hasta la mitad aproximadamente y se lo alargó con sutil gesto.

— Gracias, Alfred.

El colocó la píldora de cianuro junto al vaso, en sustitución de la otra píldora, muy semejante.

Continuaron comiendo sin que la demencial conversación decreciera. Se bromeó, se rió, y, en un momento de descuido, tía Lilían se tomó su píldora y su vaso de agua sin fijarse en lo que hacía.

¿Resultado?

¡Muerte!

El corazón no pudo resistirlo.

Tía Lilíán había muerto.

Sus excentricidades perduraron aún después de su muerte.

El doctor Seward, médico y confidente de la finca, fue el que dictó las normas a seguir.

Amparado por los deseos transmitidos por la difunta, no permitió que nadie la velara, obligando a la familia Holwood, completa, que habían venido a interesarse por la salud de la vieja, a marcharse.

Sean y Nancy no fueron una excepción.

Dio todas las indicaciones con suma amabilidad. No obstante, todos acusaron el ligero tono inflexible que se desprendía de sus palabras.

Ante una pregunta mordaz de Sean, respondió:

—Yo cumplo órdenes, señor Holwood. Esto no quiere decir que esté conforme con dichas órdenes. Pero si la señora Murray quiso que ni su sobrina ni nadie asistieran al entierro, entiendo que es cosa suya. También lo fue el que desease que nos quedásemos tan sólo Alfred y yo.

— Está bien...

Alguien dijo:

—Vamos, hermanito, no seas tan preguntón. Dentro de tres días se leerá el testamento. ¿No te basta con esto?

El que así hablaba era Dick Holwood, que junto con su hermano John, no desperdiciaban ocasión para zaherir a Sean.

Su ironía se perdió esta vez ante la indiferencia.

Las tres de la tarde era la hora fijada para la lectura del testamento.

Una hora antes, el doctor Seward, Alfred, Nancy y la familia Holwood, completa, se encontraban aguardando en la pequeña antecámara de la habitación de la finada.

El desconocido abogado llegó con puntualidad.

Era un hombrecillo encorvado, cuya nariz le daba aspecto de ave de presa.

El doctor hizo las presentaciones.

Se sentó a continuación con gestos nerviosos. Parecía acomplejado. Su ligero tinte rojizo fluyó a su rostro descarnado cuando empezó a hablar:

—Amigos: fue deseo de la finada, la señora Murray, que después de su muerte una persona, para ella muy querida, explicara algunos puntos oscuros de su carácter. Pues bien esta persona es el doctor

Seward, que por su calidad de médico de cabecera de la difunta puede conocer algunas facetas para nosotros desconocidas.

El doctor se levantó pesadamente, pasando a ocupar el sillón que le ofrecía el ridículo abogado.

Es posible que fuese por la mirada de cansancio que intercambiaron Dick y John Holwood, lo cierto es que empezó diciendo:

— No, no teman, no tengo la menor intención de soltarles un discurso, pues tanto ustedes como yo estamos ansiosos por conocer el testamento. Mis palabras serán, por tanto, cortas, pero créanme, precisas: forman parte de los últimos deseos de la señora Murray. Mucho se ha dicho sobre las excentricidades de tía Lilían. Es la enfermedad con que se culpa a los millonarios. Ellos satisfacen sus deseos porque pueden... ¿Acaso no haríamos nosotros lo mismo?

Sean, sentado frente a él, oía el palabreo monótono y cansino. Una sensación de modorra penetró lentamente por su cuerpo. Las palabras le sonaron distantes. Su falta de veracidad las hacían despreciables...

¿Por qué un muerto loco no puede ser llamado por su nombre?

¡Estaba loca!

¡Terriblemente loca!

¿Quién podía paliar la verdad?

Sí.

Todos pensaban lo mismo de ella.

Ahora estaban en plena comedia y todos, ¡todos! deseaban lo mismo que él: dinero.

El único lazo que les unió a todos con ella, exceptuando a Nancy, fue el dinero... ¡El oro de la vieja!

¿Acaso no les había hecho un favor acabando con su vida?

— Sean... ¡Señor Holwood!

Le avisaron el doctor y John a un tiempo.

El aludido vio entonces el sobre que le alargaba el abogado.

Lo cogió y, al ir a rasgar el sobre, la voz de éste le advirtió:

— ¡No! Lo siento. Tiene que abrirlo en privado. Usted y la señorita Murray, quiero decir... El contenido del sobre es para los dos a partes iguales.

— Está bien... Gracias.

Fue entonces cuando vio que todos los demás sostenían un sobre en la mano. Sus miradas curiosas parecían hacer esfuerzos para poder taladrar el papel. Tendrían que esperar. La excentricidad de tía Lilían así lo había dispuesto...

Resultó curioso los esfuerzos que hicieron todos entonces para dar por terminado el acto.

Cinco minutos después la familia Holwood se había marchado a

su cercana mansión.

Tan sólo Sean se había quedado en la casa. El y su prometida Nancy se convirtieron en sus únicos moradores.

Se miraron unos instantes con la expectación pintada en los semblantes.

— ¡Dámela, Sean!

Sus preciosas uñas hollaron el papel. Tiró su contenido encima de la mesita. Había fotografías de la vieja, reliquias y otros recuerdos de familia... Un pergamino rotulado con gruesas letras rojas atrajo la atención de ambas miradas...

Fue Sean el que lo cogió y leyó:

«Si queréis mi dinero, buscadlo.» Esto era todo.

Se miraron desconcertados.

* * *

¿Por qué se casaron al día siguiente de la lectura del testamento?

Pues..., podríamos decir que fue algo espontáneo... Ella lo insinuó y él se convirtió en el dueño de la espléndida y vetusta mansión.

Se pusieron a trabajar, a pensar...

¿Dónde podría estar escondido el dinero de la vieja?

Cuando entraron en la casa ya era noche cerrada.

Nancy preguntó solícita:

— ¿Quieres que prepare la cena, querido? Debes estar muerto de hambre. Desde anteayer no hemos comido nada caliente.

El hizo un esfuerzo para apartar las preocupaciones de su mente. Habló tratando de bromear.

Su hilaridad resultó teatral.

—Tu primera comida para mí, ¿eh? A ver cómo te sale.

Ella hizo una graciosa reverencia.

— Pondré todo mi interés para que quedes contento de tu nueva adquisición. Hasta me acordaré de poner la sal. ¿No te parece maravilloso?

— Perfecto... ¡Oye! ¿No te importa que me ponga a leer mientras preparas la cena?

— Bien, ya te avisaré cuando esté todo listo.

Sean se metió en la biblioteca, tumbándose displicente en un viejo diván. La enorme habitación estaba sumida en una aterciopelada penumbra.

Encendió una pequeña lamparilla. La luz que proyectó iluminó tan sólo los alrededores..., y el pergamino.

«Si queréis mi dinero, buscadlo.»

¿Dónde?

¿Dónde estaba el dinero de la vieja?

¿Su cochino dinero?

Lo habían buscado por toda la casa sin éxito.

— Lo conseguiré. Tengo que dar con el escondite...

Absorbido estaba en sus pensamientos cuando la voz lejana de Nancy le avisó de que la cena estaba servida.

Sean sonrió.

— Por lo menos algo he conseguido suprimiendo a la vieja. Ya nunca más tendremos que soportar sus inaguantables cenas.

Al recordarlas, un estremecimiento de terror paralizó sus miembros unos instantes. Aquel tétrico recuerdo era más fuerte que él. Sus escenas macabras estaban fielmente grabadas en su memoria.

— ¡La muy bruja!

Salió de la biblioteca medio adormilado por la concentración.

Abrió por completo los párpados cuando ya estuvo en el comedor.

Un segundo, quizá dos..., y su semblante se desfiguró por el terror.

Abrió los labios para gritar.

El miedo los selló trágicamente.

¡Allí!

¡En la enorme mesa, veintidós platos repletos de sopa humeaban simbólicamente!

¡Nancy, sentada en el lugar que ocupaba tía Lilían, estaba conversando con un tío Denis invisible!

¡Con un tío Denis que hacía cincuenta años que había muerto!

Los ojos de Sean parecían salir de las órbitas... ¡El más macabro de los horrores se reflejaba en su semblante!

Ella lo contempló extrañada. Después balanceó la cabeza ostensiblemente, creía haber comprendido.

—Vamos, cielo, no pongas esa cara. Yo también hubiera deseado cenar a solas, pero no podemos hacerles feo..., ¿comprendes? ¿Qué van a pensar de ti? Ellos aprueban lo que hicimos con tía Lilían... ¿No son maravillosamente comprensivos? Creo que tendrías que disculparte, amor...

Nancy hablaba, parloteaba sin cesar...

¡Él se acercaba temblando de terror y de cólera!

— Precisamente tío Denis me estaba dando la enhorabuena por la boda... Pero, Sean, ¿qué te pasa? Sean, me asustas... ¡No!

La golpeó salvajemente con el revés de la mano.

Ella cayó chillando angustiosamente. Sus manos se aferraron al mantel. Todo se vino abajo. Veintidós platos repletos de sopa se estrellaron contra las baldosas del suelo.

— ¡Noooooo...! ¡Sean...!

De nuevo aquellas manos la golpearon sin piedad. Se recreaba al herir. Una sonrisa de loco surcaba sus pálidas mejillas.

— ¡Tú! ¡Tú también, víbora loca! ¡Acabaré contigo, farsante!

— ¡Por favor ayudadme!

Con aquel continuo golpear, pronto empezó a brotar la sangre por la nariz, por la boca, por las orejas...

Un minuto después, el rostro de la muchacha no era más que una mancha sanguinolenta.

— Ayu... dad... me...

Sean dejó caer sus brazos cansados de tanto golpear. La miró enardecido y al hacerlo su rostro se transfiguró por el odio... Miró la sangre... Su expresión se convirtió entonces en demoníaca... dantesca...

Con frenético impulso se metió la mano en el bolsillo... Sacó la navaja y se la enseñó sádicamente...

Ella tardó en comprender.

¡La sangre le impedía casi por completo la visión!

— ¡Nooooo...!

No tuvo tiempo de chillar de nuevo. La fría hoja penetró lentamente en su cuerpo.

Instantes después, la respiración de la muchacha se apagó para siempre.

Un silencio casi completo se hizo en la estancia, tan sólo perturbado por el suspirar enfebrecido de Sean y por un satánico gorgoteo de la sangre.

Miedo y remordimientos.

Sí.

Esto fue lo que sintió Sean cuando la sangre se le enfrió. Pero ello no fue óbice para que su cerebro razonara de nuevo con normalidad.

A pesar de la creciente angustia que le invadía al contemplar aquel rostro destrozado, que tan querido había sido para él, cumplió lo que dictaba la razón: la enterró junto al grueso nogal.

En el jardín.

Y al ir a penetrar de nuevo en la casa, una anormalidad acrecentó el miedo que ya pululaba dentro de él...

¡Las luces que había dejado encendidas al salir, se habían apagado!

A pesar de que en la casa no había nadie.

No, Alfred ya no estaba...

Su primer impulso fue huir, mas comprendiendo pronto lo irrealizable de la idea, desistió.

Entró, haciendo vanos esfuerzos por aplacar los constantes temblores que se apoderaban de él.

Pulsó el interruptor del vestíbulo, y...

¡Nada!

Las tinieblas continuaban siendo las dueñas y señoras de la

mansión.

— Una avería... A menos que..., alguien haya cortado la luz...

Su último razonamiento agrandó aún más su terror.

Ya todo le pareció extraño, nefasto. El simple rumor del viento al remover las hojas de los árboles se le antojaba irreal, fantasmagórico.

Tras varios intentos, encendió una cerilla. La exigua llama osciló al son de los temblores de su brazo.

Permaneció pensativo cierto tiempo. Súbitamente se acercó decididamente al armario de los contadores y abrió la tapa...

¡Faltaba un fusible!

Se echó atrás instintivamente. Una súbita sensación de inquietud le sacudió violentamente. Miró a derecha e izquierda temeroso. Se giró bruscamente y...

¡Allí!

¡Sentada en el butacón del comedor, tía Lilían le miraba sonriente!

La visión duró un par de segundos...

Luego algo incandescente le quemó los dedos...

— ¡La cerilla!

De nuevo unas tinieblas de muerte se adueñaron de la casa.

El pulso le temblaba febrilmente. Por esto, fueron muchos los intentos de Sean hasta conseguir que la Mamita del nuevo fósforo iluminara tímidamente las cercanías.

Miró de nuevo al comedor.

Al butacón.

¡Nada!

— ¡Cielo santo!

Estaba seguro. La había visto. Sí. Con claridad.

Había contemplado su rostro amarillento... Aquellos ojos, que ya de por sí tenían un brillo diabólico, le habían parecido segundos antes más sádicos. Parecían salirse de las órbitas, enardecidos.

También había contemplado con cierta nitidez cómo sus labios se entreabrían con un rictus de muerte. En todas sus facciones estaba impreso el sello de la sádica venganza...

¡Su macabra transformación parecía fruto de la muerte!

¿Un regreso de ultratumba?

Protegiendo con la palma la tercera cerilla corrió locamente hasta la cómoda. Abrió el cajón donde se guardaban los fusibles de repuesto...

¡Estaba vacío!

— Pero..., ayer estaban aquí... ¿Cómo es posible?

Cogió el candelabro de plata que descansaba encima del mueble y encendió la gruesa vela.

Un ruido procedente de una de las habitaciones del primer piso le

heló la sangre. Era el crujido de los goznes de una puerta...
¡Posiblemente la puerta de su habitación!

Quiso huir.

¡Distanciar el terror!

Pero no...

Comprendió que la única forma de sacudirse la angustia era durmiendo.

Dormir..., dormir..., dormir...

Ascendió lentamente las escaleras... ¡A cada peldaño, una nueva cuenta en su collar de estremecimientos!

Silencio...

Incluso las ráfagas silbantes del viento exterior habían enmudecido.

La puerta de su habitación estaba entreabierta.

—Yo..., la dejé cerrada..., creo...

Entró.

La incierta llama iluminó el armario, luego la mesita de noche y cuando le tocó el turno a la cama...

— ¡Nooooo...!

¡Nancy tendida inerte sobre la cama! ¡Su desfigurado rostro vuelto hacia él! ¿Dónde quedaba ahora su belleza? Los ojos salidos de las órbitas..., los labios tremendamente hinchados..., la nariz putrefactada y deshecha...

Despedía un hedor enervante, corrompido...

¡Y la navaja!

El arma con que Sean le había dado muerte estaba clavada en su pecho. Sí, aquella navaja que después del asesinato había sacado de su cuerpo, lavado y guardado.

Coágulos de sangre ya negros esparcían su pestilente aroma por la habitación.

Los goznes del armario chirriaron inesperadamente...

Sean retrocedió con las manos crispadas.

— Pero..., pero...

Las hojas de madera se abrieron primero lentamente. Después, como impulsadas por una fuerza infernal, golpearon sonoramente la pared.

El ser dantesco de terrible aspecto que salió del armario tenía un rostro parecido con tía Lilián. Su enardecida respiración atronó la estancia de fantasmales sonidos.

Vociferó con sardónica sonrisa:

— ¡Venganza!

—No...

Sean perdió el conocimiento.

Amanecía cuando Sean despertó.

Estaba tendido en la cama. Miró alrededor temeroso. Nada. Todo rebosaba normalidad. Incluso su ropa cuidadosamente doblada encima de la silla.

¿Una pesadilla?

¿Remordimiento?

Nada se podía asegurar con certeza. Tampoco era posible negar con rotundidad.

Se vistió rápidamente y guiado por un impulso corrió hacia el jardín.

Miró el lugar donde había enterrado a Nancy.

Aunque alguien había intentado camuflarlo, la tierra estaba removida.

Se quedó atónito, boquiabierto.

Después reaccionó inquieto. Un coche se acercaba por la serpenteante senda de los álamos. El runruneo de un motor así lo atestiguaba.

La familia Holwood en pleno venía a visitar a los recién casados.

El coche dobló enfilando la recta de guijarros.

Sean corrió alejándose del lugar.

El y el coche llegaron al unísono a la puerta de entrada.

La familia en pleno, sí.

No, aquella no era una visita de cortesía. Sean no había dudado un instante al respecto. Era la curiosidad disfrazada con sonrisa... Las ansias de conocer lo que tía Lilían había dejado a Nancy y Sean, los dos primos eran a la vez sobrinos suyos.

Suponían que toda la fortuna había caído en manos de él. Las miserables cantidades que ellos habían recibido así lo hacían suponer.

La comedia resultó perfecta.

Besos, sonrisas, felicitaciones y una constante amabilidad fingida.

—¿Dónde está Nancy?

— En la consulta del doctor Seward.

— Podrías haberla acompañado...

—Veréis..., hay tanto que hacer aquí... Pero, ¿qué hacemos aquí parados? Entremos... Supongo que os quedaréis a comer... Aunque tendrás que cocinar tú, mamá, pues Nancy no regresará hasta el anochecer.

— No te apures, hijo. Sé cuáles son tus platos favoritos.

Entraron.

Sean les preparó unas bebidas.

La armonía era perfecta. El olor a dinero resultaba demasiado penetrante para enturbiarlo con sinceridades.

—¿Qué piensas hacer ahora, Sean? ¿Venderás la casa?

— No sé, John, aún no tenemos nada decidido. Todo ha sido tan precipitado...

La conversación no decrecía ni un instante. Todos hablaban, incluso su padrastro, un hombrecillo insignificante y silencioso. Desde luego, la comedia había sido magníficamente preparada.

—¿Qué pensáis hacer con el dinero? Debe ser una fortuna...

— No sé, no hemos decidido aún lo que pensamos hacer. La cantidad no ha estado mal, desde luego. Pero creo que éste no es el momento más oportuno para hablar de ello. La muerte de tía Lilían está muy reciente, ¿no os parece?

Ellos asintieron.

La madre se levantó.

— Desde luego, hijo, desde luego. Nosotros también la queríamos mucho... Os dejo, voy al lavabo a retocarme un poco. Luego empezaré con la comida... ¿Qué te gustaría, Sean?

— Lo que quieras, mamá. Ya sabes que no soy exigente.

Silencio.

Así daba gusto.

Las ironías se perdían en aras del interés.

La mujer subió las escaleras en dirección al lavabo.

Fue al reanudarse la charla cuando un grito frenético los levantó de sus asientos.

Todos subieron las escaleras raudos. Se detuvieron ante la puerta del lavabo.

La madre yacía en el suelo desmayada...

Y dentro...

¡Nancy tendida dentro de la bañera mostraba su aspecto fantasmagórico y putrefacto!

¡La navaja de Sean permanecía clavada a la altura del corazón!

¡Sangre!

Muchos coágulos de pestilente sangre decoraban el mosaico de la bañera de infernal aspecto... ¡Su rostro era tan sólo podredumbre! Los ojos le habían saltado de las órbitas y pendían grotescamente.

— ¡Noooooo...!

Sean chilló. Se retorció con satánicas convulsiones. Vomitó entre crueles estertores antes de perder el conocimiento.

Su padrastro arrastró a su esposa del tétrico lugar. Lentamente, con excesivo esfuerzo. Se giró un momento en busca de ayuda. Entonces vio con claridad la maquiavélica sonrisa que intercambiaban sus hijos.

Cuando Sean recobró el conocimiento minutos después, su sorpresa no tuvo límites. El esperaba recriminaciones. En vez de esto, las sonrisas afectuosas y comprensivas se repartían entre los que le rodeaban.

No tardó en comprender...

—¿Estás bien ya, hijo?

Su estallido colérico fue algo natural.

— ¡Basta de farsa, mamá! ¿A qué obedecen vuestras tiernas sonrisas? ¡Me tenéis en vuestras manos! Sé que no puedo negarme... Nos repartiremos el botín... Mitad y mitad. ¿Estáis conformes?

— Pero hijo, ¿quién piensa eso?

John la cortó impaciente:

— ¡Calla, mamá! Es cierto, queremos el dinero.

— Pero, John...

Ahora fue Dick quien se adelantó, mirando a Sean con ojos ardientes.

— ¡Calla, mamá! ¿Dónde está el dinero? Tienes un minuto justo para responder. De lo contrario, la policía estará aquí en menos de una hora.

No podía resistirse, y sin más preámbulos, relató el contenido del pergamino.

«Si queréis mi dinero, buscadlo.»

Notó con sumo regocijo cómo la sorpresa se reflejaba en los ávidos rostros de sus familiares.

Nadie interrumpió el silencio.

Y cosa extraña, fue el padrastro quien dijo:

— Será mejor que traigas el pergamino si quieres convencernos.

Sean hizo lo que le pedían.

John dijo:

— Está bien. Sólo podemos hacer una cosa: buscar ese dinero por toda la casa. Somos cinco personas. Daremos con él.

* * *

Anohecía ya cuando la familia Holwood en pleno se reunió en la biblioteca de la mansión.

Nada.

La búsqueda había resultado infructuosa.

—Vamos, vamos... Tenemos todo el tiempo del mundo para buscar ese dinero. Mañana, reemprenderemos la búsqueda, y si no, pasado mañana y los días subsiguientes... Pero acabaremos encontrando los billetes.

—John tiene razón. ¿Por qué tanta prisa? Ya es de noche. Las tinieblas son densas y no hay luna. El dinero no se esfumará... Al

amanecer todo será más fácil. Creo que lo mejor que podríamos hacer ahora sería celebrar la resolución de nuestro acuerdo. Mamá, ¿por qué no nos preparas una succulenta cena? En la bodega tengo algunas botellas de vino añejo. ¿Qué mejor ocasión para beberlo? |Mañana seremos ricos!

Todos asintieron sonrientes.

La señora Holwood se alejó en dirección a la cocina.

—¿Por qué no vas en busca del vino. Sean?

— Sí, ahora voy.

Sabía que deseaban alejarle. Entonces podrían trazar sus proyectos a satisfacción.

— ¡Estúpidos!

Masculló esto al descender las escaleras que conducían a la bodega. Una sonrisa diabólica se reflejaba en su semblante.

Cogió dos botellas y las limpió cuidadosamente de la espesa capa de polvo que las recubría.

Polvo que se había acumulado año tras año...

¡Largo y laborioso envejecimiento para darles su preciado «bouquet», su sabor de muerte!

Instantes después, un polvo blanco brillante se mezclaba con el preciado líquido.

¡Cianuro!

¡«Bouquet» de muerte!

Tapó las botellas de nuevo cuidadosamente y las agitó con fuerza.

— Perfecto...

Cuando regresó de nuevo a la biblioteca no había nadie.

Entró en el comedor y vio a su padrastro fumando cómodamente su pipa.

— ¿Dónde están los demás?

—Tu madre está preparando la cena.

—¿Y John y Dick?

— Están enterrando a Nancy. Como comprenderás, no podíamos dejarla en la bañera.

— Claro...

Era cerca de medianoche cuanto todos se sentaron en torno a la mesa. A pesar de la jovialidad reinante, los nervios estaban en tensión. Sólo Sean parecía enteramente despreocupado.

—Sigues siendo la mejor cocinera del mundo, mamá.

— Gracias, hijo.

Sean llenó las copas de vino.

Luego se levantó y alzó su copa pomposamente.

— Brindemos por nuestra felicidad. ¡Por tía Lilían!

Todos se levantaron ceremoniosamente. El tintineo de las copas de fino cristal sonó lúgubre en la amplia estancia.

Todos bebieron..., menos uno.

El contenido de la copa de Sean pasó a engrosar las innumerables manchas de la alfombra persa.

Instantes después...

La señora Holwood y su marido se desmoronaron de sus asientos al unísono. Instantes más tarde, John se levantó tambaleándose, intentó acercarse a Sean con la mirada cargada de odio; no pudo... se llevó las manos al cuello y cayó rodando con frenético impulso.

— Mal... di... to...

Pero Sean ya no le hacía caso. Ahora miraba a Dick, que se le acercaba con el semblante desfigurado. Su rostro era la fiel imagen de la muerte. Tenía los labios hinchados, la cara verdosa y terriblemente desfigurada.

—Ase... si... no...

Cayó de bruces al suelo para no levantarse más.

Sean se retrepó en su asiento y, sonriendo, cerró los ojos. Un dulce sopor le invadía. Echaría un sueñecito...

* * *

Lo primero que vieron los ojos de Sea al despertarse fue a tía Lilían.

Quiso gritar y no pudo..., intentó moverse y de nuevo se encontró impotente.

Estaba atado y amordazado. Gruesas cadenas sujetas a sus muñecas y tobillos le sumían en una inmovilidad casi completa. La grandes argollas del collar macabro tintinearón ante sus fútiles intentos.

Le habían encadenado de pie, con los brazos en cruz y la espalda apoyada en la fría pared de la gruta. Enormes clavos de notoria consistencia estaban firmemente clavados en la roca viva.

¡No podía moverse!

Por la incómoda postura, incluso le resultaba penoso respirar...

Un fuerte esparadrapo taponaba su boca..., y cuando enardecido y angustiado intentó chillar de nuevo, tan sólo un débil e ininteligible murmullo salió de sus doloridos labios.

Tan sólo la vista y el cerebro tenían libertad.

¡Era lo que deseaba tía Lilían!

Sean miró angustiosamente a su alrededor.

¡A escasos metros de él, los cadáveres esparcidos de toda la familia Holwood en posiciones grotescas ofrecían un siniestro espectáculo! ¡La putrefacción con su típico olor dulzón ya había comenzado su demoníaco curso! ¡El hedor era insoportable!

¡Nancy, grasienta y completamente corrompida, se hallaba a sus

pies! Y si aquellos ojos grotescamente salidos de las órbitas hubieran tenido vida... lo hubieran mirado.

Tía Lilían permanecía en pie. Estaba afanada en preparar cemento. Un sin fin de ladrillos se hallaban apilados cuidadosamente al fondo de la gruta...

A intervalos le miraba sonriente sin abandonar su intranquilizante quehacer.

Un ladrillo...

Otro...

Otro más...

Y pronto la pared empezó a tomar forma...

¡Iban a ser enterrados vivos! ¡Sí, los dos! Pues tía Lilían levantaba incansablemente el muro desde dentro...

Transcurrida media hora el trabajo ya estaba casi terminado; tan sólo faltaban un par de ladrillos para que la entrada del aire y de la luz fuese del todo imposible.

¡Ladrillos que nunca serían colocados!

Tía Lilían se sentó sobre un montón de ladrillos que quedaban. Colocó la enorme vela que portaba en el suelo, y el siniestro resplandor de la vacilante llama le dio un aspecto enervante.

— No temas, Sean, ya falta poco para que amanezca. La luz del exterior, aunque muy débil, penetra hasta aquí. Creí que así te parecería mejor. De esta forma podrás contemplar a tu amada Nancy y a tu querida familia... ¿No te parece maravilloso? Sí, es cierto, ambos estamos enterrados vivos... tú, porque te lo mereces; yo, porque ya nada deseo de esta vida..., sólo venganza, un sentimiento que tú me enseñaste. Creí que amabas realmente a Nancy. Pero no, tú no pudiste aguantar sus locuras, unas locuras que yo le había soportado toda la vida... No era yo la loca, sino ella... No puedes imaginar cuánto sufría durante aquellas comedias de las cenas.. Que si tío Denis... Creí que me secundabas, que te habías unido a mí para hacer más dulce su pobre estancia... Adiviné que proyectabas asesinar me... No me tomé aquella píldora que habías puesto junto a mi vaso de agua... Todo lo demás, lo del testamento, fue una tomadura de pelo mía en combinación con el doctor Seward y Alfred. Te lo perdonaría todo, Sean, menos la muerte de Nancy. Por eso morirás lentamente contemplando los cadáveres de tus víctimas. De tus seis víctimas. Sí, seis..., porque yo me reuniré con Nancy dentro de unos instantes...

Un polvillo blanquecino brilló a la vacilante luz de la vela.

¡Cianuro!

Con mano temblorosa se introdujo el fino polvillo en la boca. Lo tragó sonriente.

Sean la miraba loco de miedo.

Instantes después, seis cadáveres estaban rodeando siniestramente

a Sean.

Todas aquellas pupilas desorbitadas estaban fijas en él.

No pudo chillar.

No pudo moverse.

No podía casi respirar.

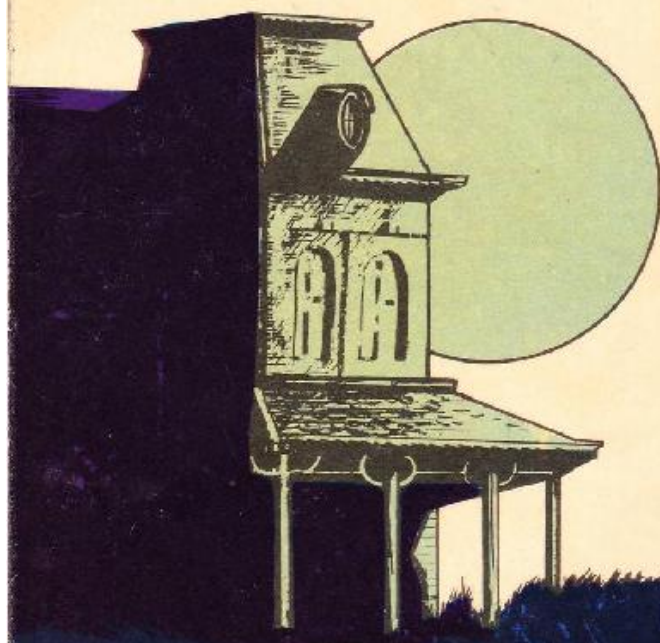
A pesar de todo, aún transcurrían muchos días para que dentro de aquel nicho macabro, un nuevo cadáver aumentara un grado más la pestilencia reinante.

F I N

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

BOLSILIBROS
EASA



Distribuidores
exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33166 - U.S.A.



EDITORIAL ANDINA, S.A.

P.V.P. **20** PTS.